

SL. 48999

Donació

Família

Vilaplana

ALCOY CONTRA AL-AZARCH

ó

SEN CHÓRDI FIRAM! FIRAM!

R-856.701

ALCOY COLTBA & CO

NEW YORK

ALCOY CONTRA AL-AZARCH

6

SEN CHÓRDI FIRAM! FIRAM!

MELODRAMA HISTÓRICO EN CUATRO ACTOS DIVIDIDO EN SEIS CUADROS

ORIGINAL Y EN VERSO

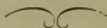
DE

D. ANTONIO VILAPLANA SEMPERE

MÚSICA DE

D. RAFAEL PEREZ JORDÁ.

Estrenado con extraordinario éxito la noche del 13 de Enero de 1876
y representado por ocho noches consecutivas.



ALCOY

Imprenta de Francisco Compañy y Monllor

c. del Mercado, 51
1876.

PERSONAJES.

ACTORES.

PERSONAJES.	ACTORES.
+ AURORA DE GARCÉS	<i>Doña María Menendez.</i>
+ MORAYMA DE SELIM	<i>Carmen Alcayna.</i>
IÑIGO	<i>Cecilia Castellanos.</i>
UN PAJE	<i>Juana Martínez.</i>
EN RAMON DE GARCÉS.	<i>D. Enrique Martínez.</i>
- SELIM COMAT	<i>Vicente Plumer.</i>
- HUGO EL TROVADOR.	<i>Juan Colom.</i>
- GALCERAN EL ALMOGAVAR (*)	<i>N. Aparicio.</i>
- EN RAMON TORREGROSA	<i>Joaquín Huarte.</i>
- DE AGUILAR, GOBERNADOR DE BARCHELL.	<i>Pascual Gomez.</i>
AL-AZARCH, CAUDILLO MERO. . . .	<i>N. Castellanos.</i>
GUILLEM DE ONTONEDA.	<i>Carlos Móser.</i>
RAYMUNDO DE SAN JUAN	<i>Antonio Perez.</i>

Guerreros, arqueros, labradores, almogávares, pueblo de ambos sexos, guerreros y arqueros árabes, clarinetos, atimbaleros y dos maceros.

La escena pasa en Alcoy en el siglo XIII.

Esta obra es propiedad de su autor y nadie podrá reimprimirla ni representarla sin su permiso.

D. Francisco Compañy queda comisionado para cobrar los derechos de propiedad literaria en esta Ciudad.

(*) A falta de un segundo galán joven, el actor cómico Sr. Aparicio en deferencia al autor y a la empresa se encargó de este papel.

Al muy Ilustre Ayuntamiento de esta Ciudad.

La historia, ese gran libro de la humanidad, nos ha trasmitido á través de seis siglos los ilustres nombres de Ramon Torregrosa y Raimundo de San Juan juntamente con el nombre de Alcoy.

Al escribir el presente drama yo he creido honrar á mi pátria recordando sus héroes y sus glorias; el Municipio me ha honrado confiriéndome el título de **CRONISTA DE ALCOY** que yo le agradezco desde el fondo de mi alma y le dedico á la vez la presente obra, que si bien su autor vale bien poco por sus escasos méritos literarios, en cambio es el mas entusiasta de las glorias pátrias.

Antonio Vilaplana Sempere.

STORY OF THE
REPUBLICAN PARTY

The Republican Party was organized in 1854 as a coalition of anti-slavery Whigs, Free Soilers, and members of the Liberty Party. It was the first major political party in the United States to be based on a platform of moral principle, specifically the opposition to the expansion of slavery into the western territories. The party's early success was largely due to the leadership of Abraham Lincoln, who emerged as the party's nominee for President in 1860. Lincoln's victory led to the outbreak of the Civil War, and the Republican Party remained the dominant political force in the United States until the 1930s.

Published by [illegible]

CUADRO PRIMERO.

El teatro representa la sala de armas del alcázar de Alcoy, á derecha en primer término una ventana, sobre esta un retrato de señora al lado de la ventana un sillón y dos almohadones para sentarse, en segundo puerta de entrada; á izquierda primer término puerta de un oratorio, segundo, bajo un doselete el retrato de D. Jaime el Conquistador bajo el cual habrá un sillón, al lado de este una panoplia con armas donde estará el pendon de Alcoy, en tercer término una puerta que figura habitaciones interiores; al foro dos arcos góticos á derecha e izquierda, el de la izquierda figura ser interior de una torre donde habrá una escalera practicable, el de la derecha estará almenado figurando prolongarse el muro; á lo lejos horizonte. Entiéndase derecha e izquierda la del actor.

ESCENA PRIMERA.

GARCÉS e IÑIGO.

- Garcés. ¿Mis órdenes has pasado?
Iñigo. Cumplidas, señor, están.
En Raimundo de San Juan
con gran ansia es esperado;
desde el noble hasta el pechero
demuestran gran alegría,
porque En Jaime les envía
tan valiente caballero.
- Garcés. Con razon pueden estarlo;
es hombre dado á las luchas,
de quien las proezas muchas
sobrarán para elogiarlo.
«Es noble de buena ley
que bien logra conducirse;
de esos que saben batirse
por su patria y por su rey.»
Pero lo que aquí interesa,
es saber si en la comarca

tambien sus moros abarca
la rebelion de Montesa.
De esa rebelion el hilo
urde Al-Azarch que es sagaz;
los de aquí aparentan paz,
mas trabajan con sigilo.
De un espía muy artero
sé, que agentes granadinos
por ignorados caminos
les dan armas y dinero.
«De un Alfaquí sospechoso
la verdad quise inquirir;
no lo pude conseguir
porque era muy cauteloso:
Mas ayer varias alarmas
corrieron en son de guerra,
que los moros de esta tierra
todos estaban en armas.
«Orden dí á mis castellanos
segun me previno el rey,
que á esa revoltosa grey
la mantengan en los llanos;
que aunque los miran sencillos
obran con hipocresía,
y podrian cualquier dia
sublevar nuestros castillos.»
A esos cuervos del Corán,
si en verdad están armados,
los dejará desplumados
mi almogávar Galcerán.
Anteayer entrado el dia
partió con su brava gente,
Garcés, se levanta del sillón.
y ya me tiene impaciente
pues no ha vuelto todavía.
No te impacientes, Garcés;
que es delicada la empresa
de cogerlos por sorpresa,
pues mucha su astucia es:
mas sí esos moros arteros
intentaran probar suerte,
encontrarian la muerte
á manos de tus guerreros.
Desde la montaña enhiesta

largo.

hasta el valle mas lejano,
no queda ni un alcoyano
sin preparar su ballesta.
Garcés. Si á Alcoy con hueste esforzada
ese Al-Azarch se atreviera,
con mis huestes le corriera
hasta encerrarle en Granada.
Que el infiel no se retarde;
salve de Montesa el trecho;
que el corazon en el pecho
por luchar ha tiempo arde:
no se retarde esa hora
que espera impaciente el alma,
mas... ¡ay! me roba la calma.

Íñigo.
Garcés.

¿Quién, señor?
¡Mi pobre Aurora!

la que con dolor profundo
en su tierna primavera,
veo cual sombra ligera
desaparecer del mundo.
El ángel de mi esperanza,
el amor del alma mia
muere cual lá luz del dia
se apaga allá en lontananza!
Mirando el retrato.

Si tú que le diste el ser,
del cielo á verla bajaras,
al cielo otra vez volaras
por no verla padecer!...
Mirando el retrato del medallon que lleva al cuello.

Azucena quebradiza
que doblega el huracan,
¿tus encantos donde están
si vejetas enfermiza!
De tu frente los colores
pálidos se van tornando,
como se van marchitando
del campo las gayas flores!
¡Cuánto sufre!

Íñigo.
Garcés.

¡Cuál la adoro!...
Haz Dios mio, que no muera...
Si alguno salud la diera...

Íñigo.

(Qué idea!) Selim el moro,
hace curas portentosas:

á un leproso abandonado,
en diez dias le ha curado
las úlceras gangrenosas.
El pueblo, hábil le aclama,
en la ciencia del curar.

Garcés.

Bien le podrías probar
pues de sábio tiene fama.
Íñigo, parte al momento,
y aquí á Selim traéme;
recompensarle sabré:
vuela como el pensamiento.
Vase Íñigo, por la derecha.

Voz.

Garcés.

Si la curara ese moro
mi gratitud fuera inmensa;
le diera por recompensa
mis alhajas, mi tesoro!
Que sea así, Dios clemente!...
Si no lo fuera... Mal haya!...
¡Alerta!

¡Oh! El atalaya
anuncia que llega gente.
Se va por el arco derecho del foro.

ESCENA II.

MORAIMA, sola.

Morayma.

Ya se fué el gobernador,
vaya por Alá en buen hora:
voy á cantarle á mi Aurora
como se muere una flor.
De esta torre en las almenas,
llena de melancolía,
suspiros al viento envía
para aminorar sus penas.
El amor es su tormento;
la pobre da compasion:
que alegre su corazon
de mi laud el acento.

Morayma que habrá salido con el laud en la mano, sube hasta el arco almenado, entonando la siguiente trova.

Pobre flor solitaria
que agosta el rojo sol,
que de su cáliz mustio

perdido y sin color
no exhala ya el aroma
que el viento arrebató,
y deshojada y triste
muere la pobre flor!

Así de la que ama
se agosta el corazón,
si el hado ó la fortuna
se oponen á su amor:
y lágrimas no vierte,
que el fuego las quemó,
y solitaria y triste
muere como la flor.

Al estar concluyendo de cantar Morayma, bajará Aurora, por la escalera, llegando abajo cuando aquella haya concluido su canto.

Aurora. Mil gracias á la cantora
que mis penas compadece
esa trova bien merece
un beso.

Morayma. Gracias, Aurora.
Pero se abrasa tu frente,
pálida estás sin color.

Aurora. Morayma! si soy la flor
que se muere lentamente!
Muy bien has interpretado
de mi alma el sentimiento,
pues ya la muerte presiento
en mi pecho lacerado.

Morayma. Sosiégate, Aurora mía,
dá treguas á tu dolor:
¿quién sabe? tu trovador
puede volver cualquier día
¿Ves el ave pasajera?
Vive aquí todo el verano;
emigra á país lejano
y vuelve á la primavera.
Merced á brisas suaves
toma el nauta rumbo incierto,
y vuelve otra vez al puerto
orgullosos de sus naves.
A Palestina, el cruzado
marcha para hacer la guerra,
y vuelve de aquella tierra
de laureles coronado.

- ¡Y vuelve el sol cada día
lleno de luz y esplendor!
- Aurora. ¡Mas no vuelve el trovador
que es la luz del alma mía!
Tal vez, por mi mala suerte
el trovador desterrado
miseró y abandonado,
haya buscado la muerte.
- Morayma. Desecha tales ideas,
el trovador volverá;
te le juró por Alá:
¿que haya muerto? no lo creas.
Calma tan terrible afán:
según oí á los guerreros,
con cuarenta caballeros
En Jaime envía á San Juan.
Y pudiera suceder
que en esa caballería
viniera Hugo.
- Aurora. La alegría
me matára. ¡Ah! no, no...
- Morayma. ¿Qué, no lo quieres creer?
¡Oh! Su figura arrogante!
nadie en valor le igualaba:
bien sabes que militaba
en las huestes del infante.
Si él era el mejor arquero
que había en toda esta tierra,
¿quién sabe si allá en la guerra
le han armado caballero?
Que así sea, no me estraña,
no creas que es ilusión;
me lo dice el corazón,
y el corazón nunca engaña.
- Aurora. Sí; ese Morayma es mi empeño:
yo le creo un adalid
siempre venciendo en la lid;
yo como un héroe le sueño.
Llora mi alma afligida
al pensar que así le pierdo,
y evoco con el recuerdo
la noche de su partida.
Fué una noche cual ninguna:
era una noche de Mayo

que con pálido desmayo
iluminaba la luna.
Cantaban los ruiseñores
ocultos en la enramada,
y él cantaba la balada
de los últimos amores.
Era su canto doliente;
tenía tanta dulzura,
como el aura mansa y pura
que besaba nuestra frente.
La noche duró un momento;
ya la sombra se partía,
y la tibia luz del día
brillaba en el firmamento:
Adios, dijo con dolor,
fía en mí que volveré.
Eterno amor le juré,
y partióse el trovador.
Morayma. Pues fía en que volverá:
yo cual tú también espero.

Morayma.

Aurora.

Morayma.

Aurora.

Morayma.

Aurora.

Morayma.

Aurora.

Morayma.

Aurora.

Morayma.

Aurora.

Morayma.

Aurora.

Morayma.

Aurora.

Morayma.

Aurora.

Morayma.

Aurora.

Morayma.

Aurora.

Morayma.

Aurora.

Morayma.

A mi balletero,
que no puede tardar ya.
¿Luego estás enamorada?
Como una loca le adoro!
¿Debe de ser algun moro?
Es cristiano.
¡Desgraciada!
Mal podrás darle la mano,
ni menos tu corazon;
pues manda tu religion
que aborrezcas al cristiano.
¡Es verdad! para qué impío
creció mi amor con afán?
¿Porqué amo á Galcerán,
si él nunca puede ser mio?
¿Porqué la suerte tirana
á mi cariño se opone?
Tu suerte así lo dispone;
hazte, Morayma, cristiana.
Mi padre en su ley adora;
me amedrenta su venganza,
Todo una hija lo alcanza
sí á su padre ruega y llora.

- Morayma. Sus iras arrostraré;
le confesaré mi amor,
y si estalla su furor
por Galcerán moriré.
Se oirá una trompa ya cercana.
- Aurora. Los almogávares fieros
hacia la villa regresan:
tambien por el muro empiezan
á moverse los guerreros.
¿Te quedas?
- Morayma. Sí.
- Aurora. Me retiro.
- Morayma. Aurora, quiero esperarle,
quiero mis penas contarle
porque en sus ojos me miro.
Si por calmar de tu amor
ese doloroso afan,
quisieras que á Galcerán
pregunte del trovador?...
- Aurora. Sí, pregúntale por mí:
tal vez sepa donde pára.
¡Ay! y cuánto me alegrara!
Adios, que ya están ahí.

ESCENA III.

MORAYMA y GALCERÁN.

- Galcerán. ¡Mi Morayma encantadora!
- Morayma. ¡Almogavar de mi alma!
- Galcerán. ¿Dime, qué pasa por tí
que por tus mejillas pálidas,
aun ruedan como dos perlas
de llanto preciosas lágrimas?
- Morayma. Para contarte mis penas
ya impaciente te esperaba,
y entre los pliegues del viento
mil suspiros te enviaba.
- Galcerán. Tú padecer, ángel mio!
Tú sufrir, páloma cándida!
- Morayma. Sí; entre los nobles cristianos
que habitan en la comarca;
entre distintos monteros
dedicados á la caza;

entre grandes y pequeños
que frecuentan este alcázar,
nadie se dignó fijar
en la pobre musulmana.
Entonces la vida mia
tranquila se deslizaba,
cual la plateada luna
en una noche estrellada:
yo del amor no sabía
los secretos, ni las ansias,
hasta que tú, Galcerán,
me digiste unas palabras
que yo escuché con rubor
entre confusa y turbada:
sentí que en el pecho mio
un sentimiento brotaba,
y era el fuego del amor
que enardecía mi alma!
Desde entonces solo en tí
me gozo por la mañana,
por la tarde á todas horas
eres mi ilusion dorada;
pero... ¡ay de mí! que este amor
es una quimera vana!

Galcerán. ¿Qué es lo que dices, huri?
¿porqué lloras? porqué callas?
¿qué se opone á nuestro amor?
por piedad, Morayma, habla!

Morayma. Se opone mi religion
á nuestra dicha contraria.
No puedo amar á un cristiano
porque soy mahometana;
pero aunque yo no quisiera
tras de tí se me vá el alma.

Galcerán. Reniega de tus creencias,
Morayma, y hazte cristiana.

Morayma. De buena gana lo haría,
pero temo la venganza
de mi padre; en su furor
se muriera ó me matara.

Galcerán. Yo le rogaré á tu padre;
de Selim iré á las plantas
y le pediré tu mano.

Morayma. Alá te proteja! gracias.

- Galcerán. ¿Lo harás?
Morayma. Hoy mismo lo haré
Tú has enjugado mis lágrimas,
tú me das el bien perdido,
tú me devuelves la calma.
- Galcerán. ¿Qué no haría yo por tí,
si la luz de tu mirada
es lucero esplendoroso
de una apacible alborada!
Soy tan feliz con tu amor,
que por él no cambiara
cuantos reinos ha ganado
el conquistador monarca!
- Morayma. Dime: tú que cada día
estás haciendo jornadas,
y que conoces las gentes
de fuera y de la comarca,
¿conoces á un trovador
que canta tiernas baladas
á quien todos llaman Hugo.
- Galcerán. ¿Porqué lo dices?
Morayma. ¿Te estraña?
Es que la hija de Garcés,
cual tórtola enamorada
echa al trovador de menos
y suspira solitaria.
Suspira y por él no vive,
y le sueña y le idolatra:
pero Garcés le aborrece
con todo el ódio del alma.
- Galcerán. Ahí en el valle de Uxó,
regresando esta mañana
reparé en un trovador,
aunque tenía mas trazas
de adalid que de otra cosa.
Mis gentes le saludaban,
y adios Hugo, le decian.
- Morayma. ¡Ay! Aurora de mi alma!
Si ese trovador se llega
á los muros de este alcázar
es necesario que pase
y hasta aquí le das entrada.
- Galcerán. Pero y si Garcés lo sabe...?
Morayma. Con prudencia...

Galcerán.

Basta, basta.

Haré Morayma hechicera,
todo cuanto tu me mandas.

Garcés, aparece por el foro, por el arco murado y al verlos se para.

Morayma.

¡Almogávar de mi vida!

Galcerán.

¡Ay, Morayma de mi alma!

deja que bese tu mano.

Morayma.

Eso no! por Alá! aparta!

ESCENA IV.

GARCÉS, MORAYMA y GALCERÁN.

Garcés.

Por cierto que el balletero
galan está esta mañana.

Galcerán.

Señor, es una paloma
que á mis caricias es blanda:
quiero llevarla á mi nido
Y...

Garcés.

Menos lengua.

Galcerán.

Es que...

Garcés.

Basta.

¿Por quién tomaste á Morayma?

la juzgas alguna esclava?

Sabe que cual á hija mia

todos aquí han de mirarla.

Requíerala un caballero,

no un miserable almogávar.

Galcerán.

Bien, señor, disimulad...

Morayma.

Con vuestro permiso...

Garcés.

Aguarda.

Al balletero.

¿Cumpliste tu comision?

Galcerán.

La cumplí cual deseabais.

Anteayer como sabeis

trepé por esas montañas,

y á Polop me dirigí

cuando la noche cerraba.

Sobre los picos mas altos

coloqué mis atalayas,

por si acaso los alarbes

buscaban la retirada.

Del Dalvicent y Polop

corrí las llanuras vastas;

con cuidado rastree
sus chozas y sus cabañas;
dormian á pierna suelta.

Garcés.

Y qué?

Galcerán.

Nada recelaban,
y cogidos por sorpresa
pude quitarles las armas.
En Chirillen pasé el día:
y por la noche, mis águilas
sobre Barchell se lanzaron,
compitiendo mil hazañas.
Del Torc, y de la Mezquita,
los muzárabes canallas
como son tan cautelosos
se escondieron por las matas;
mas mis bravos ven de noche,
y al punto les dieron caza.
Alguno quedó cadáver
traspasado de las lanzas.

Garcés.

¿Habeis recogido muchas?

Galcerán.

Son tantas, señor, son tantas,
que ya la cuenta he perdido.
Pasa de trescientas lanzas,
mas de doscientas ballestas
y mas de cien cimitarras,
sin contar dardos y flechas
y otras varias zarandajas.

Garcés.

¿De manera que esas gentes?

Galcerán.

Han quedado desarmadas.
De que levantarse intenten
no tengais que pasar ansia.

Garcés.

Cumplistes como leal:
toma; para tu mesnada;
Dándole una bolsa.

que si Al-Azarch se atreve
y ganamos la batalla,
yo te propondré adalid.

Galcerán.

Os doy por ello mil gracias.

Garcés.

Ahora, guarneced el muro
de la torre del alcázar;
cúbranle tus ballesteros
hasta la torre de Fraga.

Galcerán.

Está bien. ¡Qué bella es!

Morayma.

¡Galcerán, me roba el alma!

ESCENA V.

GARCÉS y MORAYMA.

Garcés, coge á Morayma de la mano, bajan hasta el sillón, se sienta él, y hace sentar á ella en los almohadones que hay al lado.

Garcés. Ven.

Morayma. (¡Qué querrá ahora?)

Garcés. Siéntate: estoy fatigado,
que el corazón lacerado
tengo por mi pobre Aurora.
Reclamo, pues, tu atención
á cuanto voy á decir;
que ignoras lo que es sufrir
de un buen padre el corazón! *paura*
Aun conserva mi memoria
entre cosas ya pasadas,
de dos madres desgraciadas
el triste fin y la historia.
La una madre era mora
y vivía entre pobreza:
la otra por su nobleza
era una altiva señora,
joven, y de rostro hermoso,
de quien toda la alegría
era una hija que tenía,
y el apasionado esposo.
Como una esclava de honor
á servirla entró la mora,
y una niña encantadora
tierno fruto de su amor.
Estas dos madres se amaban,
y alegres y placenteras
de Barchell á las riberas
todas las tardes bajaban.
Un día, estaba yo ausente,
al río bajó mi esposa,
cuando tormenta horrorosa
sobrevino de repente.
Creció el Barchell con furor;
y ellas desapercibidas,
fueron del río cogidas
y de las gentes horror!

Bellas cual rosas de Abril
á la eternidad volaron,
y huérfanas os dejaron
en tierna edad infantil.
Con sentimiento profundo
solo quedé con mi Aurora,
mas la hija de la mora
quedaba sola en el mundo.
La pobre niña sin madre,
y Selim que pobre era,
cruel su destino fuera
si en mí no encontrara un padre.
De mi Aurora, fuiste hermana,
tu fé, siempre he respetado,
y á las dos os he criado
tú mora y ella cristiana.

Morayma. Es verdad. Señor, mi vida
gustosa por vos perdiera,
y cien vidas si tuviera:
ved si estoy agradecida.

Garcés. Yo de vuestra dicha en pos
por veros siempre serenas,
cuanta sangre hay en mis venas
perdería por las dos.
Palomas al vuelo estrañas,
no conoceis mas espacio
que este murado palacio
y esas agrestes montañas.
¡Temo que levante el vuelo
Aurora y de aquí se aleje!
¡Temo que á todos nos deje!...

Morayma. Fuera de vos tal recelo.

Garcés. Tú calmarás el dolor
que despedaza mi pecho;
tú, que duermes junto al lecho
de la hija de mi amor.
Tú, que de noche y de dia
la confortas y consuelas;
tú, que cual yo siempre anhelas
devolverle la alegría;
tú, que con sus penas lloras,
tú, que con ella suspiras,
tú, que en sus ojos te miras
y sus secretos no ignoras.

De su enfermedad cruel
que así su vida maltrata
y que sin piedad la mata,
dime si es la causa él.

Morayma.

¿Quién es él?

Garcés.

El Trovador.

Morayma.

Aurora, no le ama ya.
(Mintiendo estoy por Alá!)

Garcés.

¿Cómo? Ya olvidó ese amor?
¿Es verdad?

Morayma.

No hay duda alguna.

Garcés.

¡Gracias! ¡Oh! Sea Dios loado,
pues mi hija ha recordado
la nobleza de su cuna.

Morayma.

¿Es cierto que esa pasión...

Ya en su alma no respira,
y tan solo Aurora, aspira
la mano de un infanzon.

Garcés.

¡Gracias! Si ese trovador villano
de su destierro tornara
y á Aurora trovas cantara,
le mataría mi mano.

Se oyen rumores lejanos.

¿Qué será esa gritería?

¡Ah! esa rebelion fatal!

Morayma.

Es lejos.

Garcés.

Sí en el arrabal
que llaman la Morería,
Morayma, cuida de Aurora,
que no tardaré en venir.
Parto al punto á destruir
á esa canalla traidora!

Garcés, se vá por el arco murado.

ESCENA VI.

MORAYMA.

Su tormento es muy cruel:
¡pobre padre desgraciado!
fácilmente le he engañado:
¿para qué mentir con él?
La nueva del trovador
á Aurora voy á anunciar:

¡oh! cuanto se va á alegrar...
pero se acerca el rumor.

Al marcharse Morayma, siente el rumor mas cerca y se asoma á la ventana.

El pueblo en tropel se agita;
con sus gritos me amedrenta;
un moro lleva... ¿que intenta?
¡Muera!

Dentro.

Morayma.

Ah! que muera, grita!
El pueblo va alborotado:
¿si querrán despedazarle?
Iñigo intenta salvarle.
Mas ¡qué veo!... desgraciado!
padre de mi corazon!
lo empujan; lo entran aquí...!
¡Mátenme primero á mí,
si es gefe de rebelion!
Muera esta pobre muger
ante ese pueblo iracundo,
que tengo un amor profundo
al padre que me dió el ser!

ESCENA VII.

IÑIGO, MORAYMA y SELIM.

Aparecen por la puerta izquierda Iñigo, que con sus dos manos arrebatá á Selim de las manos del pueblo, lo arroja en brazos de Morayma, y el pueblo queda apiñado á la puerta en actitud de lanzarse sobre Selim. Iñigo, desenvainando su daga en actitud amenazador. Morayma y Selim, se abrazan.

Morayma. ¡Padre!

Selim.

Iñigo.

¡Hija!

¡Atrás, canalla!

¡Ay de aquel que sea osado!
que este recinto es sagrado
y esa puerta es vuestra valla.

Si el gobernador viniera
fuera cruel vuestra suerte:
¡atrás! ú os daré la muerte.

El pueblo se adelanta á Selim.

En nombre de En Jaime; fuera!

El pueblo baja la cabeza, y se retira.

Despejad pronto: furor es
que ha de tener su escarmiento.

Aguardad aquí un momento;
voy en busca de Garcés.
Desaparece por el arco murado.

Selim.

¡Mi Morayma!

Morayma.

¡Padre mio!

Selim.

Calma tú, ángel de amor,
este acendrado furor
que me está ahogando impío.
¡Ay, de esos perros cristianos!

si Al-Azarch aquí avanza
será cruel mi venganza
pues morirán á mis manos

Morayma.

Cálmate, padre querido,
que por tu bien me intereso.
¿Conspiraste y vienes preso,
ó para verme has venido?

Selim.

No.

Morayma.

Pues viniste en mala hora.

Selim.

Por que aquí Garcés me llama...

Morayma.

¡El?

Selim.

Mi presencia reclama
por la salud de su Aurora.

Morayma.

¡Si Aurora no está en el lecho!

Selim.

¿Mas no está enferma, hija mia?

Morayma.

Si.

Selim.

¿Sufre...!

Morayma.

Melancolía!

Selim.

(Gracias: respira mi pecho!)
(Por calmar mi fiero afan
alas me preste la ira!
¡Qué idea!... Aguilar, conspira,...
tengo arreglado mi plan.
Aguilar... sí... nuestro oro
le deslumbró con su brillo:
de Barchell vende el castillo
ese traidor sin decoro.)
¡Venganza sin compasion!
Callad... pueden escuchar...
Que calle! no sabe odiar
Morayma tu corazon!
De tu padre el fiero ultraje,
dime: no te dá sonrojos?
¿porqué no arde en tus ojos
el fuego de mi coraje?

Morayma. Por favor...

Selim. Toma este anillo.

Morayma. Mas...

Selim. Tómallo, te interesa.

Si eres por los nuestros presa,
al punto busca al caudillo:
este anillo le darás
si tu vida salvar quieres;
espíciate tú quien eres
y al punto libre serás.

Morayma. Pero ¿qué planes son estos?
¿Qué idea tu mente encierra?

Selim. ¡Ah! tu mirada me aterra!
Para Garcés, son funestos!...

¿Porqué estás amilanada?
Levanta altiva esa frente,
que un ejército potente
nos manda el rey de Granada.
De las lanzas de estos perros
que oprimiéndonos están,
estas manos forjarán
para su cárcel los hierros.
Todo se arriesga en la empresa:
armas, hombres y dinero;
que ya alzó el grito guerrero
Al-Azarch, allá en Montesa.
«Un mísero esclavo soy;
mañana triunfo yo aquí:
seré un potente alcadí,
el Jequé seré de Alcoy:
y á tí orgullosa y ufana,
que nuestras glorias esquivas,
te servirán cien cautivas:
serás de Alcoy la sultana.»
Ya los moros corredores;
adelantan con pujanza,
contando con la alianza
de los muzarbes traidores;
y aquí cerca y mas allá
los alarbes de esta tierra,
se alzarán en son de guerra
al grito santo de Alá.

Morayma. Jamás este corazón
ambicionó glorias tales;

la gloria de los leales
nunca estribó en la traicion.
Los moros de esta comarca
á la ley hacen ultraje,
pues juraron vasallaje
al conquistador monarca:
les dió casas, les dió tierra,
les dió títulos y honores,
y hoy perjuros y traidores
á En Jaime declaran guerra.

- Selim. ¡Infame! la rebelion
es injusta estás diciendo?
- Morayma. Sí, Selim, porque defendo
la justicia y la razon.
- Selim. Insensata, ten la lengua
que no te puedo sufrir!
- Morayma. Padre, prefiero morir
á ganar gloria con mengua!
Esa rebelion tan loca
que alza Montesa guerrera,
es el águila altanera
que vá á estrellarse en la roca.
Rebatirán sus enojos
de En Jaime guerreros fieles,
y en vez de alcanzar laureles
cogerán tan solo abrojos.
- Selim. Tú no eres hija mia;
algun pérfido cristiano
te seduce, y tú la mano
le habrás ofrecido impía!
- Morayma. (¡Fuera del pecho este afan!)
Máteme ya tu furor;
sí que he ofrecido mi amor...
- Selim. ¿A quién? Dilo!
- Morayma. A Galcerán!
- Selim. No: siendo tu mahometana
tu amor no le puedes dar.
- Morayma. (¡De fijo me va á matar!)
Pues bien; yo me haré cristiana.
- Selim. Te juro, como soy moro,
que yo antes te mataré.

Selim, coge á Morayma, con la mano izquierda; y con la derecha,
saca un puñal del pecho.

- Morayma. De mi fé renegaré!

- Selim. ¡Muere, infame sin decoro!
¡Cristiana tú!
- Morayma. Mal que os cuadre!
- Selim. Será muy cruel tu suerte.
- Morayma. ¿Qué intentas?
- Selim. Darte la muerte!
- Morayma. ¡Ah!
- Selim. ¡Alá, perdona á este padre!
- Morayma. ¡Cielos!
- Selim. Alguien aquí avanza:
¿quién será?
- Morayma. Padre detente!
- Selim, esconde su puñal: hace levantar á Morayma, y afecta indife-
rencia.
- Selim. Garcés llega con su gente.
¡Te guardaré mi venganza!

ESCENA VIII.

GARCÉS, IÑIGO, SELIM y MORAYMA.

- Garcés. Ñigo, sube á esa torre
que es de todas la mas alta,
y mirando hácia levante
camino de Contestánea,
en divisando á San Juan,
veloz al punto te bajas
y me avisas.
- Ñigo. Está bien:
lo cumpliré cual me mandas.
- Ñigo y Garcés, habrán salido por el arco murado: Ñigo, en cuanto
recibe la órden de Garcés, vase por la escalera del otro arco.
- Garcés. Buen Selim.
- Selim. Alá os guarde!
- Garcés. Con indignacion la audacia
he sabido de mi pueblo;
del castigo la templanza
usaré solo con ellos;
pues en toda esta comarca
revueltos andan los vuestros
merced á intrigas tramadas
por los jequés granadinos
de conspiraciones vastas.
Como puedes comprender

está mi gente irritada,
que Al-Azarch y sus secuaces
guerra á muerte les preparan.
Como á moros en la villa
está prohibida la entrada,
tú no debes estrañar
que mi pueblo te injuriara:
para cuando á casa tornes
te daré una salvaguardia.

Selim.

Sincera es mi lealtad.

Morayma.

(¡Y como á Garcés engaña!)

Selim.

Que soy leal y sumiso
al conquistador monarca.

Garcés.

Es verdad; yo te he llamado
para que calmes las ansias
que paso por la hija mia;
sé que en curar tienes fama.

Selim.

¿Tan enferma la teneis?

Garcés.

Tú, Selim puedes curarla.

Mi pobre hija se muere
como una flor agostada,
cual astro que palidece
al fulgor de la mañana,
cual lámpara macilenta
que entre las sombras se apaga.

Sánala, Selim, si puedes
y consolarás mi alma:
eres padre y si á Morayma
vieras en igual desgracia...

Selim.

Es verdad: ¡que no la vea!
¡La amo tanto!...

Morayma.

(Qué mirada!)

Garcés.

Pasemos á ver á Aurora.

Selim.

Bien, señor.

Garcés.

En esta estancia.

Vânse, tercer término izquierda.

ESCENA IX.

MORAYMA.

Esos planes horrosos,
esas ideas siniestras
no he podido penetrar;

sus intenciones me aterran.
El ha jurado vengarse
y nada á Selim arredra,
le conozco demasiado;
su venganza me amedrenta.
Si se vengase en Aurora,
¿qué concepto ó qué idea
se formaría de mí?
Si le delato... ¡que mengua!
¡delatar la hija al padre!
lo repugna la conciencia.
Calla corazon y sufre:
¡Alá, que me favorezca!

ESCENA X.

MORAYMA y TORREGROSA.

Torregrosa. La paz sea en esta casa.

Morayma. Alá os guarde.

Torregrosa. La Providencia
que gobierna los destinos
de los hombres en la tierra,
te dé luz para que olvides
el error de tus creencias:
oveja descarriada
ven al redil de la Iglesia.

Morayma. Esta vez Mosen Ramon,
no seré obstinada y terca,
pues la fé de Jesucristo
en mi corazon penetra.
Más mi alma cada dia
el ser cristiana desea.

Torregrosa. Morayma, tu corazon
sinceramente lo anhela?

Morayma. Para qué mentir con vos!
lo quiero de todas veras:
con las aguas del bautismo
lavad pronto mi alma negra.

Torregrosa. ¿Será verdad lo que oigo?
¡Dios mio! loado seas,
pues permites que esta alma
rodeada de tinieblas,
levante airosa su vuelo

- para que tu gloria vea.
Morayma. Pero quién me instruirá
en vuestras santas creencias?
Solo sé que hay una vírgen
madre candorosa y buena,
que á mi Aurora, muchas veces
la ha consolado en sus penas;
pero no puedo invocarla,
pues no sé como se reza.
- Torregrosa. Nuestro dogma y oraciones
yo te enseñaré.
- Morayma. ¿De veras?
Torregrosa. Te instruiré muy en breve
en todas nuestras creencias,
y con ellas confortada
quiero que á Selim conviertas.
- Morayma. Escuchad: hace un momento
antes de que vos vinierais
con Selim me hallaba aquí.
- Torregrosa. ¿Selim!
Morayma. ¿Os causa estrañeza?
Torregrosa. Mucha; hay una órden del rey
que la entrada aquí le veda.
- Morayma. Tal será, pero Garcés
que á su hija tiene enferma
aquí le mandó llamar
para curar su dolencia,
pues ya sabeis que Selim
en curar tiene esperiencia.
- Torregrosa. Así es; pero Garcés
es hombre que no se enmienda:
está su hija enamorada
y él se empeña en que está enferma.
- Morayma. Callad, que pueden oiros,
pues aquí los dos se acercan.

ESCENA XI.

TORREGROSA, MORAYMA, GARCÉS, SELIM y á poco GÁLGERÁN.

Garcés. Dios guarde á Mosen Ramon.

Torregrosa. El te dé su santa gracia.

Garcés. ¿Y mi Aurora?...

A Selim.

Selim.

Descansad:

por ella no temais nada.
Mas si el remedio que os digo
por incuria se retarda,
despues toda medicina
de la ciencia será vana.
Su mal consiste en el pecho
que lentamente la mata.

Garcés.

¿Conque Barchell me indicais?

Selim.

Rodeado de montañas,
allí son los aires puros;
son otras aquellas aguas.
Procurad que en monterías
á vuestra hija distraigan;
y con esas medicinas
que tengo por aprobadas;
pronto, señor, á tu hija
la verás robusta y sana.

Garcés.

Está muy bien. ¡Hola! eh!

Garcés, se dirige al arco murado para dar la voz de ¡hola! y baja otra vez, apareciendo en seguida Galcerán.

Selim.

(Satisfaré mi venganza!)

Morayma.

(¡Oh! nos vende á mi y á Aurora!

(Si le delato que infamia!)

Torregrosa.

(Este Garcés, está loco!)

Galcerán.

Señor!

Garcés.

Tened preparadas
para dentro de un momento:
dos literas y la gente
para una corta jornada,
y mándame ahora mismo
cuatro de tus camaradas.

Galcerán.

Está bien.

Garcés.

Y tú, Morayma,
mi hija está en esa estancia;
vais á partir las dos juntas:
marcha y estad preparadas.

Morayma.

(Voy á delatar...!)

Garcés.

¿Vacilas?

Morayma.

(¡Oh! fuera indigno de mi alma!)
¿Crees, señor, que en Barchell,
á tu hija has de curarla?

Garcés.

Sí.

Morayma.

Lo dudo.

- Garcés. Ni una palabra:
que cuanto ordena la ciencia
se hará.
- Morayma. Mas...
- Garcés. Basta, basta.
- Retírate.
- Selim. (¡Esa maldita!)
Aparecen cuatro arqueros, por el arco murado. Al empezar el parlamento Garcés le dá una bolsa á Selim, cuando lo indica el diálogo.
- Garcés. Pues tú me vuelves la calma,
toma en justa recompensa
como principio de cura
de oro esta corta dádiva,
que yo premiaré tu ciencia
cuando curado la hayas.
- Selim. Señor, sois muy generoso,
y os doy por ello mil gracias.
- Garcés. Acompañad á Selim;
A los arqueros.
dejadlo sano en su casa,
y si alguno le ofendiese
dadle muerte con las lanzas.
- Selim. Alá, os guarde.
- Garcés. Adios, Selim.
Vase Selim, con los arqueros. Segundo término derecha.

ESCENA XII.

GARCÉS, TORREGROSA: y á poco ONTONEDA é IÑIGO.

- Torregrosa. Tu resolucion me espanta!
Haslo meditado bien?
- Garcés. Sí:
es un médico de fama,
y todo cuanto me ordena
lo cumpliré sin tardanza.
- Torregrosa. Mira, Garcés, lo que haces:
tú entenderás de batallas,
Selim, tendrá mucha ciencia
porque en curar tiene fama;
pero ignoras por completo
la enfermedad de las almas.

La dolencia de tu hija
es estar enamorada.

Garcés. ¿Creeis que del trovador
aun mi hija se acordara?

Torregrosa. Sí lo creo.

Garcés. Pues yo no;
su pasión está olvidada.
Ya procuré con la ausencia
que tal amor se apagara.

Torregrosa. Tal vez así tu lo creas,
mas soy de opinion contraria.
Además, ese Aguilar
es tan vil, que á Aurora, yo
de ningun modo fiara.

Garcés. Pues podeis estar tranquilo:
de su adhesion al monarca,
años hace que Aguilar
está dando pruebas claras.
Con él estoy satisfecho;
que aunque en otra edad lejana
conspiraba con los moros,
hoy no se vende por nada
procurando granjearse
la voluntad del monarca.
Ontoneda, saliendo por la puerta derecha.

Ontoneda. Dios os guarde!

Garcés. Bien venido.

Ontoneda. La Villa puesta de gala
con clarines y atimbales
ahí fuera nos aguarda:
pues esperan impacientes
la hora de la llegada
de San Juan y sus guerreros
que En Jaime para bien manda.
Íñigo habrá bajado de la torre.

Íñigo. Señor, San Juan y sus bravos
hácia aquí ya se adelantan;
los rayos del sol naciente
relucen en sus adargas;
de Benisayó salvaron
de riscos la barrancada,
y hácia la puerta de Sintia
veloz dirigen su marcha.

Garcés. Partamos á recibirles.

Todos. Sí, partamos.
Garcés. ¡Ea; en marcha!
Desaparecen todos por la puerta de la derecha.

ESCENA XIII.

AURORA y MORAYMA. Despues HUGO.

Aurora. Ya marcharon; ya se alejan!
Morayma. ¿Conque á Barchell, has oido?
Aurora. Sí: á Dios gracias que se han ido
y por fin solas nos dejan.

Dá una esperanza á mi amor,
calma Morayma este afan.

¡Tú dices que Galcerán
ha visto á mi trovador?

Morayma. Sí, te lo aseguro yo
en fé de que soy tu hermana,
que le ha visto esta mañana
ahí en el valle de Uxó.

Aurora. Dos años de larga ausencia,
cuanto me han hecho sufrir!
Si viene?...

Morayma. Sabrá cumplir;
le traerá á tu presencia.

Aurora. En medio de mi amargura
ya perdida la esperanza,
mi alma á entrever alcanza
días de amor y ternura.

Morayma. ¿Oyes? Ya llega hasta aquí
de un laud el blando acento.
Sube al arco murado.

Aurora. Sí: es él, parte al momento.
Hugo es! mírale allí!
míralo, está junto al muro.
Corre, que llega San Juan,
y no le veré.

Morayma. Galcerán
le traerá, te lo juro.

De tu dicha voy en pos.

Aurora. Vuela, Morayma, al instante.
¡Seré feliz con mi amante!

Morayma. ¡Alá, os proteja á los dos!

Morayma, desaparece por el arco murado: en seguida se oirá la siguiente trova.

¡Aurora de mi vida!
mi tímida gacela,
ya vuelve el trovador
después de larga ausencia.
La patria me llama
al grito de la guerra;
ansioso de su gloria
hoy vengo á defenderla.

Aurora. A combatir infieles,
y de mi amor llevado
viene aquí. ¡Oh! coronado
le vea de laureles.

TROVA.

La lucha se prepara
al grito de Montesa:
yo sigo de D. Jaime
la hueste aragonesa.
Dígnate concederme
una mirada tierna,
por sí en la ruda lid
el trovador muriera.

Aurora. Mas antes de llevar
al moro sus enojos,
con fuego de mis ojos
quisiéralo abrasar.
Hugo me dé la calma
que el pecho mio ansía.

Hugo. ¡Aurora, gacela mía!

Aurora. ¡Oh, trovador de mi alma!

Hugo. ¡Paloma de mis amores,
de mi vida dulce encanto!

Aurora. ¡Y cuanto has tardado, cuanto!

Hugo. Hermosa mía, no llores!

Aurora. Son lágrimas de alegría:
tú disipas mi amargura,
cual disipa noche oscura
la radiante luz del día.

Hugo. ¡Mi hechicera! Mi bonanza!

Aurora. ¡Mi trovador! Mi cariño!

Hugo. Yo te adoro desde niño:

Aurora. eres mi única esperanza!
Yo nací para quererte;
mi existencia es nuestro amor:
¡ó en tus brazos trovador,
ó en los brazos de la muerte!
Mas si al destino le plugo
darme á mi tan noble cuna,
¿porqué, porqué la fortuna
no favorece á mi Hugo?

Hugo. Si es muy oscura mi historia,
cual bueno pelearé;
y al alarbe arrancaré
un blason que me dé gloria.
De la gente labradora
levantaré una cruzada,
y en breve será esta espada
terror de la hueste mora.
y turbantes y alquiceles
verá el egrejió Garcés,
como tributo á tus pies
coronado de laureles.

Aurora. *Sen Chórdi, firám! firám!*
sea tu grito guerrero:
lucha cual buen caballero;
vence por siempre al Corán!
Pero ¡ay! mal que me cuadre
te debo Hugo advertir,
que á Barchell voy á partir
por mandato de mi padre.

Hugo. Mas no puedo comprender
en guerra tal actitud.

Aurora. Dice que es por mi salud,
y es preciso obedecer.

Hugo. Estamos en guerra, Aurora,
y...

Aurora. ¡Lo quiere así mi sino!

Hugo. ¡Mas si ese es el camino
que sigue la hueste mora!
Bien: yo á Barchell, iré en pos
y puesto que nos amamos,
allí los dos perezamos
ó salvémonos los dos!

Se oyen sonos de clarines muy cerca, y entra Morayma, por el arco
murado, con precipitacion.

Morayma. ¡Trovador, pronto, escapa!
Hugo. ¿Por donde?
Morayma. Por ese muro.
Aurora. ¿Me seguirás?
Hugo. Te lo juro!
Morayma. Vamos, el paso abreviad.
Hugo. ¡Adios, mi dulce alegría!
A Barchell; te seguiré!
Aurora. En Barchell, te esperaré,
trovador del alma mia!
¡Madre que veis mi dolor,
si á Dios del cielo le plugo
que yo fuera para Hugo,
bendice tú nuestro amor!
Se retira por la izquierda.

ESCENA XIV.

GARCÉS, SAN JUAN, TORREGROSA, ONTONEDA, IÑIGO, GALCERÁN,
PAGES, MACEROS, GUERREROS, ALMOGÁVARES y PUEBLO.

Entrarán por la puerta de la derecha, primero seis guerreros con lanzas y escudos: detrás el Veguero y un Page, el cual llevará en una bandeja el libro de los Santos Evangelios: todos estos se colocarán al lado de las gradas del trono: luego dos maceros, que se colocarán uno á cada lado del sillón del trono: despues los cuatro síndicos. Garcés, San Juan, Torregrosa y Ontoneda, se colocarán: el primero, en el sillón del trono: el último, en la primera grada; á continuación, los demás, formando línea recta de frente al público: luego los dos clarines y atimbaleros que se colocarán en la derecha primer término. Los guerreros, almogávares y ballesteros, colocados convenientemente. Una vez todos colocados, pararán los clarines y atimbales; y despues de una breve pausa, se levantará Garcés, y de pie sobre el trono, dirá los siguientes versos.

Garcés. Tomad, Ontoneda, de Alcoy el pendon:
sus pliegues ondéen del moro en la lid:
al grito de «En Jaime,» que triunfe Aragon,
cual siempre triunfaron los hijos del Cid.
Y vos, sacerdote, tomad juramento
en nombre de pátria, del rey, y de Dios;
que este acto sublime inspira ardimiento;
fu enseña y mi espada crucemos los dos.

Garcés, baja del trono y se coloca á la izquierda de Torregrosa: Ontoneda con el pendon á la derecha. Torregrosa, toma el libro y lo abre los caballeros desenvainan las espadas y las cruzan.

Torregrosa. Sobre el santo libro jurad alcoyanos:
la enseña de Cristo triunfó donde quiera;

¿jurais defenderla cual buenos cristianos?

Todos. Sí.

Torregrosa. La patria querida que el cielo nos diera;
que viles traidores á Muza vendieron,
y en nombre de Cristo, y en luchas mortales
los hijos de España cobrarla pudieron,
¿jurais defenderla cual hijos leales?

Todos. Sí.

Torregrosa. En Jaime el invicto, terror de agarenos,
que el reino de Murcia ganó contra infieles,
Valencia y Mallorca, le deben sus reinos:
¿jurais defenderlo cual súbditos fieles?

Todos. Sí.

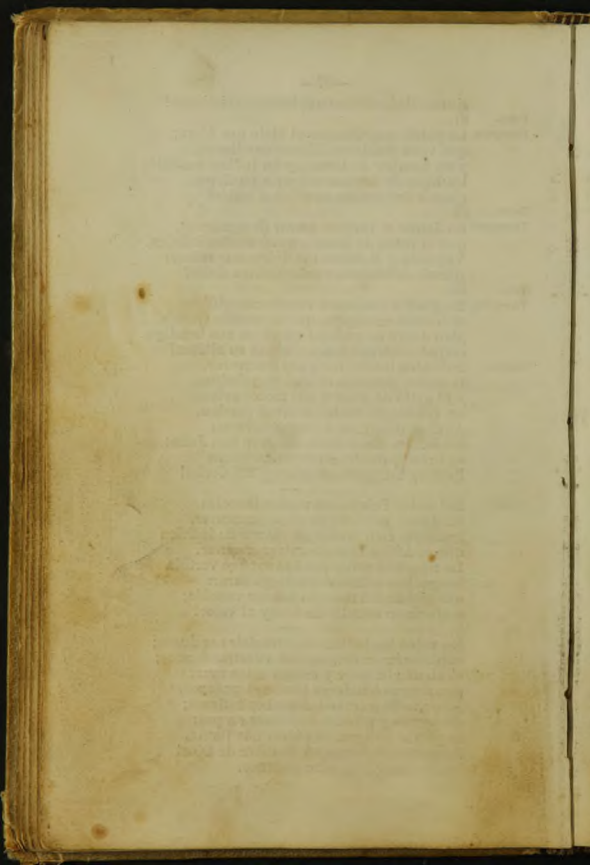
Torregrosa. En guerra tan santa vencer nos obliga:
el triunfo es seguro, que os manda Garcés.
¡San Jorge os proteja! que Dios nos bendiga:
cerrad contra el moro, doblad su altivez!

Garcés. Soldados leales, insignes guerreros,
la altiva Montesa se alzó en rebelion;
y al grito de guerra sus moros arteros
de Yakub pretenden alzar el pendon.
Aquí se dirige su hueste guerrera;
En Jaime, nos manda al bravo San Juan;
su brazo potente, su espada certera
hará en mil pedazos la grey del Corán!

Del Cid y Pelayo los verdes laureles
En Jaime primero procura aumentar,
ganando cien reinos de manos de infieles
que el África intenta volver á ganar.
De nuestras conquistas la sangre vertida
los pechos inflama con ciego furor:
que quede del moro la hueste vencida;
su furia se estrelle de Alcoy al valor!

En todas las luchas, mostrasteis ser duros;
con fuertes aceros armad vuestros brazos;
si viene el alarbe y asedia estos muros
sus negras banderas haremos pedazos.
El grito de guerra los pechos inflama;
de luchas y glorias corramos en pos:
la patria peligrá, la patria nos llama,
salvemos su honra en nombre de Dios!

FIN DEL ACTO PRIMERO.



CUADRO SEGUNDO.

Plataforma alta del castillo de Barchell; á derecha sobre una pared de sillería dos puertas de entrada; á izquierda primer término una ventana; segundo una pannonia con armas y el estandarte de Aragon; en tercer término una puerta; al foro una pared de dos metros de alta y á derecha una escalera practible por donde se sube al muro, bajo la cual habrá un secreto que dará á una mina subterránea.

ESCENA PRIMERA.

AGUILAR, bajando del muro.

Triunfará la rebelion:
aunque es la luz indecisa,
ya en Chirillen se divisa
de Al-Azarach el pendon.
Todo ante el moro se humilla;
su triunfo seguro es.
¡Ay! desgraciado Garcés,
si no nos rindé la villa!
Garcés, mis planes ignora;
que yo conspiró no vé,
y á Al-Azarch, entregaré
dentro de poco á su Aurora.
Yo al musulman se la doy
para que Garcés elija;
ó la muerte de su hija,
ó que nos entregue Alcoy.
Conspiremos por medrar.
¿Qué importan honra y decoro,
cuando del Emir el oro
mi ambicion puede saciar?
Si á mi rey le soy traidor,
es porque me hizo una ofensa;

que En Jaime, mal recompensa
de los suyos el valor.
Me dió un pobre castillejo
y un lugar harto ruin,
que yo abandono por fin
y en manos del moro dejo.
Y pues mi valor fué asaz
y estoy mal recompensado,
sigo como buen soldado
siempre al rey que me dá más.
Presiento un vago temor
que me acobarda y espanta!...
¿Ese que de noche canta,
es espía ó trovador?
No sé ese hombre quien es:
lo sabré por vida mia!
Tal vez con gente le envía
porque me espíe, Garcés.
Yo tambien debo espíar
que es delicada la empresa;
y aunque la alondra está presa
de aquí pudiera escapar!
Se vá por la izquierda.

ESCENA II.

MORAYMA, sola. Sale por la derecha.

Ya la luz del nuevo dia
por el Oriente despunta:
mi corazon intranquilo
flotando en un mar de dudas,
una sospecha cruel
dentro de mi pecho oculta.
Cuando quiero recordar
de Selim la frente adusta,
tiemblo ante su venganza...
y no sé... se me figura
que un peligro nos amaga.
Se asoma á la ventana.
En esas selvas incultas
donde crecen las malezas,
á favor de su espesura
tal vez el alarbe oculto

nos prepara acerba lucha.
Dudas son que me maltratan,
me acobardan y atribulan!
¿Donde está mi Galcerán?
¿Porqué no viene en mi ayuda?
¡Mas qué veo! ¿Es ilusion?
No; al final de la llanura,
entre la luz indecisa
del dia, al través la bruma
veo el pendon del alarbe:
sobre las torres ondula
del Chirillen, no es ilusion!
Percibo voces confusas;
oigo toque de diana
que en el espacio retumba!
¡Todo lo comprendo ahora!
aquí no estamos seguras.
De Aguilar, es un traidor,
sí; por eso se descuida,
y no viste la armadura
del guerrero... ¡Infame! ¡inícuo!
Le diré á Aurora que huya.
¿En donde está el trovador?
¡Ah! que venga en nuestra ayuda!

ESCENA III.

MORAYMA y AURORA.

Morayma. Es preciso que lo sepa.

Alguien viene: ¡Ah!

Aurora.

¡Morayma!

¿Porqué lloras? Di, qué tienes?

Morayma.

Es que...

Aurora.

Dí.

Morayma.

Estamos vendidas!

Aurora.

¿Será verdad lo que dices?

Morayma.

Ven aquí.

Aurora.

¡Qué temblor!

Morayma.

Mira!

¿Ves al fin de la llanura
sobre la verde colina

las torres del Chirillen?

Aurora.

Sí.

Morayma.

¿Ves cual allí se alza erguida
la bandera del alarbe?

Aurora.

Sí.

Morayma.

¿Ves relucir las picas?
¿Ves sus blancos alquiceles?

Aurora.

Lo veo: ¡Virgen Santísima!

Morayma.

De Aguilar, es un traidor
que aquí nos tiene vendidas:
es preciso que escapemos.

Aurora.

¿Cómo escapar imaginas
si el castillo está cerrado,
y el infame nos vigila?

En este momento, cae por la ventana un pergamino atado con una
piedra. Aurora, lo coge.

¿Más, qué es esto? un pergamino!
Hugo es quien me lo envía;
ha descubierto la infamia
y diligente me avisa.

Morayma.

Lée, y salgamos de dudas.

Aurora.

«¡Aurora, luz de mi vida!
¡mi esperanza! mi gacela!
Hugo que por tu bien vela,
te avisa que estás vendida!
De Aguilar, vende el castillo
á Al-Azarch y hueste mora,
y en breve serás Aurora
entregada á su caudillo.
Dá á tu mal pronto remedio;
vé si puedes escapar:
yo veré si puedo hallar
de llegar ahí algun medio.
El adjunto pergamino
quité á un muzarbe bastardo
que atravesé con un dardo
en mitad de su camino.
Sé confiada y prudente:
vigila bien al traidor,
que tu amante el trovador
te salvará con su gente.»
¡Dios al trovador proteja!
Ahora, ya mas tranquila,
veamos el pergamino

que el traidor al moro envía.

Leyendo el otro pergamino.

«Salud, insigne Al-Azarch,
ante quien todo se humilla;
como tenemos pactado,
mañana al rayar el día
os entregaré el castillo
y de Garcés á la hija!
Venid con mucha cautela
porque nadie se aperciba,
no os olvideis de traerme
la cantidad ofrecida,
y así verá De Aguilar
todas sus ansias cumplidas.»
¡Infame! quién lo creyera!
pagará su alevosía!

Morayma. Enterada del peligro
vé Aurora qué determinas;
los instantes son preciosos
pues nos hallamos vendidas!

Aurora. ¿Qué determino me dices?

¿Sabes tú alguna salida?

Morayma. Yo no.

Aurora. ¡Virgen Santa!

Morayma. Calla!

Una idea tengo.

Aurora. Dila.

Morayma. Esa ventana dá al campo.

Aurora. Sí.

Morayma. Aquí mi faja prendida...

Morayma, se quita la faja, la deja caer toda fuera, y ata el extremo á la ventana. Luego se asoma.

Aurora. Te comprendo.

Morayma. Llega bajo?

Aurora. Sí; que idea; Dios te asista!

Morayma. El trovador con su gente
tiene fácil la subida.

Aurora. Es verdad. Parte al momento;
y tú á De Aguilar espías,
mientras que yo esta ventana
defenderé con mi vida.

Vase Morayma, por la izquierda.

ESCENA IV.

AURORA, sola.

Nunca imaginar pudiera
en De Aguilar tanta infamia!
Si esto supiera mi padre
vendría aquí sin tardanza
y á ese traidor villano
la cabeza le cortara.
Mas tengo este pergamino
que Aguilar la muerte amaga;
yo llamaré á sus guerreros,
yo les diré en voz muy alta
que al alarbe están vendidos,
que al punto le den entrada
al trovador y á los suyos,
y Barchell será la valla
donde con pocos guerreros
pero con valor y alma,
se estrelle de los alarbes
de su coraje la audacia.

ESCENA V.

AURORA, MORAYMA, y poco despues DE AGUILAR. Morayma, sale por la izquierda precipitadamente.

- Morayma. ¡Ay, Aurora! á sus monteros
dá órdenes el traidor
que busquen al trovador,
para que le maten fieros.
- Aurora. Y tendrá tanta osadía
ese villano menguado?
- Morayma. De Aguilar está irritado;
dice que Hugo es un espía.
- Aurora. ¡Espía! porque sus planes
el buen trovador comprende,
cuando el infame nos vende
á los viles musulmanes.
Marcha por amor de Dios;
parte Morayma en seguida,
que á tí te darán salida;

corre de su huella en pos;
vuela á través de ese muro.
y diles que el trovador
ha descubierto al traidor;
que aquí no hay nada seguro.

Morayma.

Calla!

Aguilar.

Señora!

Apareciendo.

Aurora.

Aguilar.

Aguilar.

Apartad de esa ventana,
que el fresco de la mañana
os puede perjudicar.
Siempre con solicitud
me vereis á vuestro lado,
pues estoy interesado
en que cobreis la salud.

Aurora.

Mil gracias por tanto honor:
conmigo estais deferente,
y pues sois tan indulgente
pido me hagais un favor.

Aguilar.

Sepamos que favor es
y si os lo puedo otorgar,
pues no puedo traspasar
las órdenes de Garcés.

Aurora.

Es un capricho infantil.
Hoy que con vivos colores
el campo borda de flores
el bello y risueño Abril,
me dierais gran alegría
si bajase á la pradera
Morayma, y un ramo hiciera
para la Virgen Maria.

Aguilar.

Propio es de damas cristianas
tal devoción; en buen hora
haga un ramo á su señora
de las flores mas lozanas.

Morayma.

Está bien.
Vase.

Aurora.

De Aguilar,
sabeis algo de la guerra?
Dicen que por esta tierra...

Aguilar.

Tranquila podeis estar:
infundado es tal rumor
que en paz tengo esta comarca;

- de su lealtad al monarca...
- Aurora. Vos sois la prueba mejor.
Aguilar. Y lo seré, yo os lo digo:
jamás en mi corazón
he abrigado la traición;
siempre á los leales sigo:
no hay nadie que me reproche
de que me falta energía;
ya estará preso el espía
que suele cantar de noche.
- Aurora. ¡Espía! estais en un error.
Aguilar. Estoy muy cierto señora:
vuestro corazón le adora
y es un moro el trovador.
Hoy pagará su torpeza,
pues juro que ha de morir!
De Aguilar bueno es mentir
mas no con tanta vileza!
- Aurora. ¡Señora!
Aguilar. ¡Callad por Dios!
Aurora. Un espía...
Aurora. Deslenguado!
el trovador es honrado
y no es traidor como vos.
- Aguilar. Tened la lengua, señora,
y respetad mis blasones.
- Aurora. Que ganasteis con traiciones
entre esa canalla mora.
- Aguilar. Sabed que vuestro destino
pendiente está de mis manos.
- Aurora. Sí; tus intentos villanos
leí en este pergamino.
- Aguilar. ¡Santo cielo!
Aurora. Desleal!
has de morir te lo juro.
Sube si quieres al muro
y dá al moro la señal
que tu ambición desmedida
á todos es bien notoria,
que con crímenes la historia
se compendia de tu vida.
- Aguilar. Callad!
Aurora. No; que fuera mengua!
Todos tus planes arteros

los villanos y guerreros
van á saber por mi lengua.

Aguilar. ¡Por piedad!

Aurora. Vil Aguilar,
hoy, mandaré yo á tu gente,
y á ese Al-Azarch imprudente
á mis piés he de postrar.

Aguilar. Ved que nuestra gente es poca
para poder resistir.

Aurora. Mi obligacion es morir
si el asalto se provoca:
que en esta lucha de infieles
si hay alguno que sucumba,
lloverán sobre su tumba
de la pátria mil laureles.
¡Atrás, menguado!

Aguilar. ¡Perdon!

De Aguilar, cae de rodillas á los piés de Aurora.

Aurora. Tarde á mis plantas te acorres,
del Chirillen en las torres
el moro alza el pendon!

¡Sús! que puedo llegar tarde!

Aguilar. ¿Mas qué intentas, desgraciada?

Aurora. Cogiendo una espada de la panoplia.

Voy á regir la mesnada
de Aguilar que es un cobarde!

Aguilar. Nadie mi mesnada rija!

Aurora. Mandaréla mal que os cuadre;

que si aquí falta mi padre
en cambio estará su hija.

El pendon aragonés
defenderé en tus almenas,
que circula por mis venas
la sangre de los Garcés.

¡Señor, Dios de las batallas

dá valor á mis guerreros,
para que repriman fieros
el furor de esos canallas!

Vase Aurora, por la puerta derecha.

ESCENA VI.

DE AGUILAR, y á poco su PAGE.

Aguilar. Me anonadó esa muger:

ella es toda una heroína;
todo mi plan adivina:
esto me hace estremecer!
¿Mas cómo llegó á sus manos
el pergamino? lo ignoro.
¿Si habrá comprado con oro
al muzárabe villano...?
Tal vez sea el trovador...
Como es audaz y atrevido,
mi mensaje ha sorprendido
y habrá muerto al portador.
Señor, con mucha humildad
y acento el más lastimero,
suplica un pobre romero
le deis hospitalidad:
su fatiga es tanta y tanta
que los piés hinchados tiene.
¿De donde dice que viene?
Dice que de tierra santa,
En el patio, jadeante,
apoyado en su bordon,
el pobre dá compasion!
Díle que pase adelante.
¿Quién será ese desgraciado?
¿Un romero? Es sorprendente!
Quizá sea un confidente
que el moro me habrá enviado.
¿Cómo le voy á cumplir
el pacto de rebelion?
¡Imposible! maldicion!
¡Si yo pudiera seducir
á mis soldados con oro
y matar á esa muger...?
solo así, ¡por Lucifer!
cumpliría con el moro.

ESCENA VII.

HUGO y DE AGUILAR.

Hugo. Dios guarde al noble señor,
y la paz sea en su casa.
Aguilar. Bien llegado el buen romero
que viene de Tierra Santa.

- Hugo. En mala hora, señor,
vuelvo á mi querida pátria.
- Aguilar. ¿En mala hora, decis?
Hoy que las flores lozanas
abren sus tiernos capullos
y los campos embalsaman,
hoy que todo es primavera
y son suaves las auras,
y las impresiones tiernas
germinan en nuestras almas,
¿no anhelaís como buen hijo
abrazar con vivas ansias,
alguna madre querida
ó una esposa idolatrada?
- Hugo. Un ser tengo á quien adoro
mas antes está la pátria;
y cuando la veo en guerra
de enemigos rodeada,
cuando el alarbe la asedia
y nuestras cosechas tala,
cuando llanto y esterminio
siembra en toda esta comarca,
y activo y emprendedor
hácia Barchell se adelanta,
donde el señor De Aguilar
en vez de cota de malla,
viste traje de traidor
que es el que mejor le cuadra.
- Aguilar. ¡Miserable! ten la lengua,
ó te la arranco!
- Hugo. ¡Oh! Basta!
Arroja el bordon, se quita la capa de peregrino y saca una espada.
Los traidores como vos
deben morir á mis plantas.
Defendeos!
- Aguilar. Dí, quién eres
que tan altanero hablas?
Tú, no eres un romero.
- Hugo. No lo soy; fuera esta máscara:
soy el pobre trovador;
el que de noche cantaba;
el que al muzárabe vil
que tú al moro enviabas
con un dardo traspasé,

y un pergamino de infamia
pude arrancarle y del campo
lo arrojé á esa ventana,
donde la hija de Garcés
gemía como una esclava.
¡Dime qué has hecho de Aurora,
ó voy á arrancarte el alma!

Aguilar. Sabedora del peligro
que á todos nos amenaza,
fué á buscar á mis guerreros
para ponerlos en guardia.

Hugo. ¡Qué veo!
Mirando la ventana.

Aguilar. (¡Soy un cobarde!)

Hugo. Aquí hay prendida una faja;
vas ahora á morir, traidor!

Aguilar. Te juro que lo ignoraba.

Hugo. ¡Infame!

Aguilar. ¡Cómo escapar?

¡Ah! sí: por la puerta falsa!

Hugo. Aquí, bravos montañeses,
salid de vuestra emboscada.

Aguilar. (Tengo la llave, y...)

Hugo. Aquí;

trepad por esta ventana.
¡Mas qué veo, oh Dios, Aurora,
rigiendo va la mesnada!

Aguilar. (Este rumor me estremece!)

Hugo. Ya me apercibí: á luchar!

Aguilar. (Por donde podré escapar...?)

Veo que el tumulto crece!

Hugo. ¿Oyes infame el rumor?

Aguilar. (Son mis cantos funerales!)

Hugo. Es la voz de cien leales
que están buscando al traidor.

Del moro los alquiceles
cual torbellino revuelto
se divisan; como el viento
aquí avanzan sus corceles.
Montañeses! pronto, á mí...!
Pero qué idea! el pendon
tremolaré.

Hugo, sube precipitadamente al muro á coger el pendon. De Aguilar,
escapa por la puerta izquierda.

Aguilar.

(La ocasion
es de escapar: por aquí!)

Los labradores van entrando por la ventana como por asalto: por la puerta derecha aparece Aurora, mandando á los guerreros y ballesteros. Los montañeses una vez que hayan entrado, recojerán la faja, y se pondrán con los arcos preparados; dos de ellos, á la ventana: en seguida se oirán los añafles y atambores del moro.

Aurora.

Aquí nos llama el honor,
no nos dejemos rendir!
á vencer, pues, ó á morir
por Jaime el conquistador.

Hugo.

¡Bravo, heroína cristiana!
cubrid el muro, guerreros:
vosotros los ballesteros
defended la barbacana.

Los ballesteros desaparecen, y los guerreros cubren el muro con los montañeses.

Aurora.

«Gracias, Hugo, tu alma es grande:
muéstrate fuerte adalid;
ánimales en la lid
que no tienen quien les mande.

Hugo.

Fuera el temor, valientes alcoyanos;
no os intimiden los alarbes fieros;
ante vuestro valor, los africanos
huirán como rebaño de corderos.
Si os anima la fé de los cristianos,
rayo de Dios, serán vuestros aceros,
que al esgrimirlos los potentes brazos
harán esa falange en mil pedazos.

El grito santo de San Jorge y guerra,
que inflame nuestros pechos de furor;
que el alarbe menguado, nunca cierra
donde alientan guerreros de valor.
Si asedia el muro, morderá la tierra,
contemplando sus muertos con horror,
siendo Barchell insuperable valla
y su tumba á la vez en la batalla.
Se oirán muy cerca los añafles y atambores moros.

Cada cual á su puesto; ya se escucha
el añafil que incita á los infieles;
no os intimide si su fuerza es mucha,
que la gloria nos guarda mil laureles:

y vencidos que queden en la lucha
envuelto con sus blancos alquiceles,
de Al-Azarch el berberisco arreo
mandaremos á Alcoy como trofeo!

Dentro. ¡Viva Mahomet, segundo de Granada!
Hugo. Ceda del moro la soberbia altiva:
á luchar!

Aurora. ¡Proteccion, Virgen Sagrada!
Hugo. ¡Viva En Jaime primero!

Todos. ¡Viva! viva!

Hugo. ¡Herid al moro!

Todos. ¡Sen Chórdi, firám! firám!

Los arqueros disparan sus arcos, simulando una batalla.

Hugo. No desmayeis, mis bravos ballesteros;
acechad con prudencia al musulman
y sean vuestros dardos muy certeros.

Aurora. ¡Socórrenos, Señor de las batallas!
que el triunfo del cristiano es inseguro.

Hugo. La barbacana salvan los canallas
y escalan con ardor el fuerte muro.
¡Montañeses de Alcoy! no desmayemos
y crezca mas y más nuestro ardimiento;
al alarbe por siempre escarmentemos;
por cada golpe devolvamos ciento.
¡A luchar y á vencer!

Aurora. Es vana empresa,
pues tenemos la gente amilanada;
que cayeron los moros por sorpresa
y todo cede al filo de su espada!

Hugo. Ya todo á mi poder está sujeto;
alza Aurora, la frente peregrina:
á un judío venal compre el secreto,
y sé para escapar oculta mina.

Aurora. ¡Ah!

Hugo. Ven; Aurora: huyamos. ¡Maldicion!
los alarbes ya escalan por allí!
¡Montañeses! buscad la salvacion:
dejad el muro, seguidme por aquí!

Entran Hugo y Aurora, despues todos los guerreros y montañeses y se cierra el secreto. En seguida asaltan el muro los moros y sale por la derecha Al-Azarch, seguido de otros moros.

ESCENA VIII.

AL-AZARCH, MOROS. Despues MORAYMA.

Al-Azarch. ¡Viva Mahomet segundo de Granada!

Todos. Viva!

Al-Azarch. Y proteja Alá nuestros destinos!
Todo se rinde al filo de la espada
del potente escuadron de granadinos.
¡Muera el traidor De Aguilar!

Todos. ¡Sí, muera!

Al-Azarch. El castillo ofreció, y nos ha vendido:
buscadle por doquier, si álguien le viera
que al punto le dé muerte al fementido.
Con su sangre, la muerte no se lava
de los que en el asalto sucumbieron.
¿Qué traéis, mis valientes?

Entra Morayma, conducida por algunos moros y se postra ante Al-Azarch.

¡Una esclava!

(En el campo sin duda la cogieron.)

Morayma. A tus plantas insigne y gran caudillo...

Al-Azarch. Por Alá, sultana bella, levantad!

Morayma. Gracias, tomad, Señor, aqieste anillo...

Al-Azarch. ¡Ah!

Morayma. Soy Morayma de Selim Comad.

Al-Azarch. ¡Selim, tu padre! yo juro por quien soy
que si fuera traidor cual De Aguilar
y su deber no cumple dentro Alcoy,
la hija de Selim, sabre inmolar.

Morayma. (¡Cielos!) Señor, si yo no debo nada!

Al-Azarch. Si me engaña tu padre, este es mi fallo:
esta muger de todos respetada
que la lleve un derviche á mi serrallo.
Un moro viejo, desaparece con Morayma.

Hijos de Agar valientes africanos,
no hay fuerza ni poder que nos resista;
cual gacelas huyeron los cristianos;
que Hualí, á quien invocan les asista!
Esgriman el alfange vuestras manos
de Muza renovando la conquista;

estendiendo la ley del gran Profeta
por el bello país llamado Edeta.

—
Zulema y Abraim, con cien ginetes
partid para el Noset con gran premura;
y alfanges y bruñidos coseletes
oculte en su follaje la espesura.
Cuando caigan de Alcoy los minaretes
y se alejen sus gentes con pavura,
preparad la celada de tal suerte
que no escape ninguno de la muerte!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

CUADRO TERCERO.

El teatro representa una plazuela exterior del alcázar de Alcoy, á la izquierda la fachada y balcones y puerta de entrada al palacio. Al foro, un muro cerrado que está unido al alcázar por una torre que formará ángulo. En el muro que figurará prolongarse se verá un centinela.

ESCENA PRIMERA.

IÑIGO, á poco DE AGUILAR.

Sale del alcázar, con la celada echada y embozado.

Iñigo. La noche avanza tranquila:
muy en breve la mañana
alumbrará con el sol
en la tierra accidentada,
el vistoso campamento
de las huestes musulmanas.
¿Quién será este caballero
cuya apostura me estraña?
Le espiaré...

Aguilar. (Logre mi objeto!
Esta llave codiciada,
calma de mi corazon
las angustias y las ansias!
La cantidad ofrecida
por los moros, me esperanza;
aquí nadie me conoce:
si en Barchell salió frustrada
la traicion, tal vez aquí
con mejor éxito salga.
No desperdiciemos tiempo,
ya que el valor no me falta!)
Vase.

Ítigo. ¿Quién será este caballero?
Tan embozado en su capa...
Debo seguirle la pista,
que es hombre que no me agrada!

ESCENA II.

GARCÉS, TORREGROSA y SAN JUAN. Saliendo del alcázar.

Torregrosa. Desechad de la mente tal cuidado
pues esa voz que corre es insegura;
vuestra hija, tal vez se haya salvado!

Garcés. Para mí, muerta es!

San Juan. ¿Quién lo asegura?

Garcés. Un presagio cruel que me anonada;
un pensamiento vago que me aterra;
pues sé bien, que jamás perdonó nada
el implacable genio de la guerra!

San Juan. Algunos del castillo se salvaron;
entregados en brazos de la suerte,
del feroz africano se burlaron,
y evitaron así segura muerte.

Torregrosa. Qué sabeis si con ellos está Aurora?
y es muy fácil tambien que aconteciera,
que al asaltar esa falange mora
cayese vuestra hija prisionera!

Garcés. ¡Que así no sea!

Torregrosa. En ese caso el oro...

San Juan. Eso seria empresa muy menguada!
Si en verdad la tiene presa el moro,
libertad le daremos con mi espada:
ese Al-Azarch me tiene ya impaciente;
apercibido á combatir me hallo;
dadme permiso y con mi brava gente
esta noche asaltamos su serrallo!
Así ese moro que jamás se enmienda,
verá caer con furia destructora
á pedazos los lienzos de su tienda,
y libertar podreis á vuestra Aurora!

Garcés. Siempre admiré vuestro potente acero!
en las lides nos dice la esperiencia,
que debe demostrar todo guerrero
además del valor mucha prudencia:
que aunque su cautiverio á mi me aflija

- vuestro arrojo no doy por aprobado:
no, San Juan, por libertar á mi hija
no quiero que se pierda ni un soldado!
- San Juan. Mis ginetes me siguen donde quiero:
con estas luchas su valor se acrece:
juro salvarla á fé de caballero;
nuestra empresa la noche favorece.
- Torregrosa. Déjalo ya partir, que estoy seguro
de que mañana esa falange mora,
pedirá situada ante este muro
ó la Villa, ó la muerte de tu Aurora.
- Garcés. ¿Creeis que de estas huestes aguerridas
podemos disponer á nuestro antojo?
Por la pátria, inmólese sus vidas,
pero jamás de un padre al fiero enojo.
¿Creeis que me intimiden los infieles?
contra ellos cerré siempre el primero,
y en Villena y en Murcia mil laureles
coronaron mi frente de guerrero.
Sé que del moro la maldad es mucha,
que á mi hija la espera triste suerte!
mas esta noche es provocar la lucha
entregarnos en manos de la muerte!
Los guerreros, En Jaime, los envia
á defender Alcoy, y mal que os cuadre
por mi Aurora, ni un hombre perdería
que es primero la pátria que su padre!
Dejad que llegue el día de mañana
y regrese de Játiva, Ontoneda,
y vereis á esa hueste musulmana
como vencida á nuestras plantas queda.
Sus nombrados y fieros campeones
vencidos llorarán su audacia loca;
mis guerreros se lanzan cual leones
cuando á lucha mortal se les provoca.
Y en medio del incienso y oraciones
allá en el templo donde á Dios se invoca,
adornarán sus bóvedas cristianas
multitud de banderas musulmanas!

ESCENA III.

Los mismos, IÑIGO.

- Garcés. Alguien se acerca.
Iñigo. Señor, un fementido, quizá un moro vestido de guerrero al que por nuestro bien he perseguido, una puerta forzaba: y yo ligero al punto á tus guerreros he llamado, y esquivando cobarde toda lucha...
Garcés. Qué? acaba...!
Iñigo. Pues bien se ha deslizado entre las sombras, que su astucia es mucha.
Garcés. Ya lo ois, pues.
Torregrosa. ¿Es cierto?
Iñigo. Estad seguros.
Garcés. ¿De qué nos servirá ser aguerridos y defender mañana aquestos muros, si al moro nos hallamos ya vendidos? Partid, San Juan, traedme esos traidores que protejen las armas agarenas; traedmelos aquí, que sus errores espíaran mañana en mis almenas. Torregrosa, partid: vos sois prudente! de la Sintia vigilad la entrada; que se acoge á la villa mucha gente, y quiero que esa puerta esté guardada. (Ellos conspiran sin disputa alguna!) Solo una órden para tí me queda: sube á esa torre, clarísima es la luna, y avisa cuando llegue De Ontoneda.
Iñigo. Está bien.

ESCENA IV.

GARCÉS, solo.

¡Mi alma se entristece!
y de Al-Azarch, cautiva será Aurora!
¿Porqué mi valor hora no se acrece
cuando me irrita esa canalla mora?
¿Porqué cual otras veces no ambiciono

de la lid las victorias y laureles?
¿Porqué suspenso está mi fiero encono
cuando tengo á la vista los infieles?
¿Para qué del valor hacer alarde,
si en la mente á mi Aurora tengo fija?
¡Alma mezquina! ¡corazon cobarde!
que pospones la pátria á una hija!
Próximo un cuadro aterrador auguro!
¿Cómo presenciare con muda calma
que mañana el alarbe ante ese muro
llegue á inmolar la hija de mi alma!
¿Cómo veré rodar su cuerpo yerto,
con el alma pacífica y serena?
¡Que caiga antes este padre muerto,
qué presenciar, Señor, tamaña escena!

ESCENA V.

GARCÉS, GALCERÁN, SELIM y GUERREROS.

- Garcés. Confuso rumor de armas se percibe;
un rojo resplandor el muro alumbró:
es Galcerán que preso trae á un moro...
Algun conspirador será sin duda!
- Galcerán. Señor, aqueste alarbe fermentado,
oculto de ese bosque en la espesura,
con un infiel armado concertaba
un plan infame: con valor y astucia
los sorprendí; llevaba un pergamino
para mí de enigmática escritura
el uno de los dos á quien dí muerte:
á este apresé, por ver si te denuncia
el hilo de la trama y conjurados
que entre las sombras el puñal aguzan!
- Garcés. Veamos lo que dice el pergamino!
- Galcerán. Tomad: alumbrá.
A un guerrero que lleva una tea encendida.
- Garcés. Arábiga escritura!
«Si mañana al nacer la luz del día
esas ferradas puertas que te ocultan
no se nos abren, de tu amada hija,
la vida será pasto á nuestra furia!»
¿Y eres tú el portador de aquesta nueva?
¡Ah! Tiembla musulman muerte segura
aquí tendrás!

- Galcerán. Enseña el traidor rostro!
¿No quieres? caiga abajo esa capucha!
Se la quita.
¡Ah! su padre!
- Garcés. Selim! ¡maldito seas!
Selim. Sí; Selim, traspasado de amargura!
que esa hija á que aluden es Morayma;
la vuestra, libertóse con la fuga.
- Garcés. No! mientes! mientes!
Galcerán. (Apurado lance!)
A Morayma, yo adoro con ternura;
permitidme que pase al campo moro
y la arranque de manos de esa chusma!
En ese llano donde el moro acampa
de mi corcel la indómita bravura,
aplastará con sus ferrados cascos
la frente del infiel que nos insulta;
y á los botes certeros de mi lanza
rasgaré con furor sus pieles duras;
y cansado de sangre y esterminio
vencedor como siempre en todas luchas;
aquí regresaré con mi Morayma!
- Garcés. Probado es tu valor, no cabe duda:
sé que airoso saldrías en tal lance;
de Morayma me embarga la amargura
pues criéla en mi alcázar como á hija!
A Selim, entre tanto aquí asegura;
que es muy justo que pague con la muerte,
quien sus planes malévolos oculta!
- Selim. ¡Por compasion! justificarme puedo,
pues es falso, señor, cuanto me imputan!
- Garcés. Con el deseo de curar á Aurora,
á Barchell la mandé por orden tuya;
y De Aguilar y tú, confabulados
del infiel la entregasteis á la furia!
- Selim. Yo te juro, señor, por el Profeta,
que solo De Aguilar, tiene la culpa.
Señor, soy inocente!
- Garcés. Calla! calla!
Estos perros, vencidos nos adulan,
aplauden nuestros hechos y virtudes;
de nuestro rey el poderío encumbran,
nos tratan cual si fuéramos hermanos
y sus ódios, astutos disimulan!

Mas cuando la ocasion tienen propicia
vengarse como pueden ya procuran,
y fiar en los moros y judíos
es ciertamente sin igual locura
pues detestan de muerte á los cristianos
y en el pecho sus ódios siempre ocultan.
Por eso yo de tí, ya no me fio;
de un calabozo en la estrechez oscura
que guarde Galcerán á este malvado,
y plegue á Dios que no caiga difunta
á los piés de Al-Azarch mi pobre Aurora,
porque entonces tu muerte es ya segura!
(Del campo moro arrancaré á Morayma,
si Garcés un momento se descuida!)

Galcerán.

ESCENA VI.

GARCÉS, á poco IÑIGO, por el muro.

Rodeado me encuentro de valientes
que todos se disputan á porfía
el puesto en la pelea, y que impacientes
esperan ya la luz del nuevo día!
De Al-Azarch las falanjes imponentes
en breve han de pagar su alevosía,
que cerrando con furia destructora,
juro arrancarles á mi bella Aurora!

Iñigo.

Sobre un soberbio alazan,
un apuesto caballero
con cota y casco de acero,
llega como el huracan.
Con él viene una señora
que por su noble apostura,
á mi ver, se me figura
vuestra idolatrada Aurora.

Garcés.

Mi hija rompió los lazos
conque el moro la oprimía!

Iñigo.

¡Es ella! un saludo envía:
corre, y tiéndele los brazos!

Garcés.

¡Tu bondad loada sea
que ha calmado mis dolores:
al ángel de mis amores,
Señor, que en mis brazos vea!

Al ir á marcharse, aparece Torregrosa, y los curas, llevando libros, ornamentos é imágenes de Santos.

ESCENA VII.

DICHOS, TORREGROSA, y los CURAS.

Torregrosa. Los curas de los pueblos comarcanos
como en sus templos no se ven seguros,
confian en los fuertes alcoyanos
y piden proteccion dentro estos muros.
Traen libros, sagrados ornamentos,
y de la Virgen bellas esculturas;
de la lucha en los criticos momentos
á Dios elevarán sus almas puras.

Garcés. Ante el ara del templo arrodillados
eiven hácia Dios cantos de gloria,
y Dios protegerá á nuestros soldados
y el laurel nos dará de la victoria!
Virtuosos ministros del Señor,
rendido ante vosotros yo me humillo;
hospedaje os daré con mucho honor:
id, tomad posesion de mi castillo.

Torregrosa y los curas entran en el alcázar; á cuyo tiempo se oye un
rumor por el muro: Garcés que los acompaña, se vuelve al muro con
alegría.

ESCENA VIII.

GARCÉS, AURORA, HUGO, MONTAÑESES y PUEBLO.

Dentro. ¡Viva Aurora de Garcés!
Dentro. ¡Viva!
Garcés. No hay duda ninguna;
su rostro alumbrá la luna!
(Dentro.) ¡Padre!
Aurora. ¡Hija! ¡Aurora es!
Garcés. ¡Viva el bravo caballero!
Dentro. ¡Viva!
Todos. ¡Padre!
Aurora. ¡Hija querida!
Garcés. Dime: ¿quién salvó tu vida?
Aurora. Quién, señor? Este guerrero!
Garcés. A mis brazos!
Hugo. ¡Apretad!
Garcés. ¿Llevas la frente tapada?

- levanta ya tu celada.
Hugo. Es un voto!
Aurora. Respetad
ese voto del guerrero
que finará muy en breve.
Garcés. Cuándo?
Hugo. Cuando al moro aleve
pueda rendir este acero.
Garcés. Tu valor has demostrado;
veo tienes energía!
Hugo. Mañana al rayar el día
pelearé á vuestro lado!
Por nada, señor, me arredro:
anhelando estoy la lid,
pues me alzaron adalid
los guerreros de D. Pedro!
Garcés. Tan bien te sabes portar?
Hugo. Tengo á la guerra aficion;
que anhelo solo un blason
y en breve lo he de ganar.
Garcés. El blason tiene una valla
que llaman ley del honor...
Hugo. Que supera mi valor
en los campos de batalla!
Ya vereis si soy yo bueno,
y si sé ó no pelear;
cada golpe que he de dar
vereis muerto un sarraceno!
Ya vereis ¡bien vive Dios!
si es este guerrero fuerte;
mi espada siembra la muerte
y deja el espanto en pos!
Garcés. Si como lo dices es...
Hugo. Pronto os lo podré probar.
Garcés. Caballero te ha de armar
el gobernador Garcés.
Y mi Aurora, idolatrada,
en el templo del Señor,
será la dama de honor
que te ceñirá la espada!
Aurora. Quedaré muy complacida,
y le alentaré en la lucha
pues que la hidalguía es mucha
del que me salvó la vida!

- Garcés. ¡No pensé volver á verte,
mi bien, mi querida Aurora;
creí que la hueste mora
te habría dado la muerte!
- Aurora. Me ha protegido el Señor,
de quien el apoyo imploro!
- Garcés. Un hermoso cáliz de oro
mandaremos en su honor!
Sé cortés cual noble dama;
con los culpados clemente,
con este pueblo indulgente
pues ya viste cual te aclama.

ESCENA IX.

DICHOS, TORREGROSA, á poco GALCERÁN.

- Torregrosa. ¡Aurora!
- Aurora. Mosen Ramon!
- Torregrosa. Quién te salvó, saber quiero!
- Aurora. El brazo de ese guerrero
y de Dios la proteccion!
- Galcerán. ¡Qué veo! ¡Ah!
- Aurora. Galcerán,
sé que Morayma está presa,
y salvarla me interesa.
- Galcerán. Parto!
- Garcés. No; calma tu afan!
Clarines dentro.
Los guerreros que En Jaime nos envía,
anuncian con su toque los clarines:
bien venidos los bravos paladines
que en las luchas demuestran energía.
Torregrosa, la aurora ya clarea
y el moro de moverse dará indicio:
pero antes de entrar en la pelea
celebrareis el santo sacrificio
como cumple á los buenos y cristianos,
y Dios protegerá á los alcoyanos!

FIN DEL CUADRO TERCERO.

CUADRO CUARTO.

El teatro representa la plaza antigua de la entonces villa de Alcoy. Al foro la fachada exterior de un templo gótico, con su torre, la cual tendrá una campana: para subir á la puerta del templo tres ó cuatro gradas; la puerta estará abierta y se verá á lo lejos el altar con velas encendidas y la imagen de la Virgen. A los dos lados que forma el templo, dos calles prolongadas que las cierra un muro de las casas del primer término.

ESCENA PRIMERA.

TORREGROSA, GARCÉS, AURORA, SAN JUAN, ONTONEDA,
PUEBLO y MUGERES.

Torregrosa. Hijas mias, no esteis amilanadas;
os contemplo cual tórtolas sencillas,
del templo del Señor, ante las gradas
invocad á la Virgen de rodillas!
Ella piadosa escucha los clamores
cuando con alma triste se la implora,
que es María de pobres pecadores
ante el trono de Dios la intercesora.
Ella del moro en el ataque fuerte
concede á los cristianos la victoria;
los guerreros la invocan en su muerte
y les abre las puertas de la gloria!
¿Qué os aguardará si venciese el moro?
al miraros tan castas y tan bellas,
el idólatra, impuro y sin decoro
pediría un tributo de doncellas!
Y vuestras madres, que á vosotras miran
cual de su amante corazon pedazos
de pena y de dolor se morirían
al arrancaros de sus tiernos brazos!
A la Virgen rogad que así no sea:

que confunda por siempre á los infieles,
é interceda del moro en la pelea
dándonos de victoria los laureles:
en el templo, contritas y cristianas,
en la Virgen tened las almas fijas:
jamás vuestras plegarias serán vanas,
pues es madre que mira por sus hijas.
Las mugeres entran en el templo.

Y vosotros, varones aguerridos,
dechados de valor y gentileza
siempre triunfantes y jamás vencidos,
procurad aumentar vuestra nobleza.
Conducid en la lid á los pecheros
invocando á San Jorge en tal empresa:
que proteja de En Jaime á los guerreros,
como los protegió en el Puig de Enesa.
El lábaro del grande Constantino
ostenten vuestros pechos y pendones,
que del moro torció siempre el camino
en Covadonga, y otras cien acciones.
A los nobles, plebeyos y soldados,
que conforte de Dios el santo amor,
y con la confesion purificados
combatid en el campo del honor!
Vánse.

Garcés.

Iñigo!

Iñigo.

Señor!

Garcés.

Parte en seguida:

escoge seis guerreros los mejores,
á ver si puedes dar con la guarida
que de Alcoy nos oculta á los traidores!
En De Aguilar, recae mi sospecha:
tal vez aquí, él intenta probar suerte;
las puertas y los muros tu me acecha,
y si lo hallais al punto dadle muerte!
Que Galcerán reuna mis guerreros,
y si observais que la morisma avanza,
que defiendan el muro los arqueros
y avisadnos al punto sin tardanza.

Iñigo.

Bien: voy.

Iñigo desaparece por la derecha. Garcés entra en el templo, donde se correrá una cortina á la entrada y tocará un órgano una melodía muy piano, sin parar hasta la última escena.

ESCENA II.

DE AGUILAR y SELIM.

- Aguilar. La plaza está solitaria!
Oye, Selim, ninguno nos escucha:
en ese templo elevan su plegaria
para salir triunfantes en la lucha!
Si tú quieres, mañana ¡pobre Alcoy!
- Selim. ¿Conspiras?
- Aguilar. Por el moro!
- Selim. Pues conmigo
puedes contar; agradecido estoy...
- Aguilar. En breve ese Garcés, nuestro enemigo,
esas altivas torres y muralla
cubrirá de soldados y guerreros
que servirán de insuperable valla
á los hijos de Agar, fuertes y fieros.
Yo la llave ya tengo de una puerta
que logré de un cristiano fácilmente.
La muralla al presente está desierta,
y del moro podía entrar la gente!
- Selim. Alá, para bien mio te depara,
que así podré salvar á la hija mia:
mas si esta tentativa se frustrara
á mi Morayma, Al-Azarch inmolaría!
- Aguilar. ¿Y crees que Al-Azarch tan generoso,
pueda ser de tu hija el asesino?
No llegues á creer tal!
- Selim. ¡Es horroroso
todo cuanto dice el pergamino!
- Aguilar. ¿Y qué te dice?
- Selim. Si al rayar el día
una entrada por mi no queda abierta,
asegura cruel que á la hija mia
impávido á sus piés dejará muerta.
- Aguilar. ¡A salvarla, Selim! aun será hora!...
te detienes? ¿no ves que tu tardanza
su muerte puede ser? Pronto la Aurora
brillará!
- Selim. Para mí, sin esperanza!
A partir vamos ya! Mas... di: quién eres?
- Aguilar. ¡Un conjurado! Mas ve se desperdicia el tiempo

á tu Morayma ya no quieres?
La ocasion es Selim, hora propicia:
partamos ya!

Selim. Levanta la celada.

Aguilar. Desconfias?

Selim. De todo desconfio:
que la empresa es por Dios tan arriesgada,
que yo hasta de mí mismo no me fio!

Aguilar. ¡Todo nos favorece! ya la luna
ocúltase, Selim; tras esa sierra;
corre; no tengas, no, duda ninguna;
pronto retumbará venganza y guerra!
Selim. Calla...! se oyen pasos muy cercanos.

Aguilar. ¿Quién será?
Selim. Acechémoslos ocultos!

Selim. Sin armas voy.
Aguilar. Toma esta!

Selim. ¡Ah!

Aguilar. Son cristianos!
Selim. Maldicion!

Aguilar. Aquí llegan importunos!
Selim. Ocultemos nuestros rostros!

ESCENA III.

DICHOS, IÑIGO y GUERREROS.

Iñigo. Escaparon sin ser vistos!
pues son astutos y listos
y se burlan de nosotros.
Nada, no se vé ni un alma!
tan solo la melodía
conque alaban á María,
viene á interrumpir la calma.
Tenía seguro indicio
que aquí se hallaban los dos...
mas respetemos por Dios
de la misa el sacrificio!
Os lo contaré en voz baja:
segun el gobernador,
ese De Aguilar, traidor,
para vendernos trabaja.
Que está aquí dentro se cree;
sea robada ó vendida,

la llave de una salida
ese De Aguilar, posée.
Yo os lo puedo asegurar;
le halle forzando una puerta,
y aunque avisé, en la reyerta
pudo el infame escapar!
De traicion en traicion
porque le ayuda en su plan,
á Selim el musulman
facilitó la evasion.
Esto que Garcés ignora
le irritaría, de suerte...
que es preciso darles muerte
antes que venga la aurora.
Podemos estar seguros
que los dos confabulados
nos venden; conque, soldados,
á vigilar esos muros!
Desaparecen por la derecha.

ESCENA IV.

DE AGUILAR y SELIM.

- Selim. Todo, todo lo he escuchado;
ni una palabra he perdido!
- Aguilar. (Cielos! ya me ha conocido.)
- Selim. Ya sé quien eres ¡malvado!
de mi Morayma adorada
correrás la misma suerte,
pues juro darte la muerte
á la señal anunciada.
Vendistes á la hija mia
que era toda mi esperanza;
satisfaré mi venganza
apenas apunte el dia.
- Aguilar. Calma, Selim, tu furor,
yo trabajé con afan;
mas contrariaron mi plan
Aurora y el trovador.
- Selim. Tú, Barchell, nos ofreciste:
los míos en tí creyeron
y ante sus muros cayeron
muchos nuestros; ¡nos vendiste!
Por eso allá en lontananza

vaga una figura inquieta,
y es la sombra del Profeta
que está pidiendo venganza!
La tendrá, Aguilar, cumplida;
te lo juro por Alá!
pues Selim te arrancará
pronto, muy pronto la vida!
Aquí no hay fuerza ninguna
que nos pueda resistir;
la cruz ha de sucumbir
triunfando la media luna!
¡Por piedad!

Aguilar.

Selim.

¡Mal que te cuadre,
mi venganza en tí está fija!

Aguilar.

Selim.

¡Perdon!

Devuélveme mi hija,
y te perdona este padre!

Aguilar.

Te la daré; aun es hora!
partamos, pues, al momento;
volemós al campamento
antes que brille la aurora!

Selim.

Aguilar.

Selim.

¡Me espanta tanta vileza!
Selim! tu clemencia imploro!
Parte para el campo moro
y cortarán tu cabeza!
¿Tú no comprendes ¡malvado!
que han descubierto tu plan?
¿Porqué, porqué tanto afán
si está el muro vigilado?
Todo lo hemos perdido!

Se oyen los añáfiles moros y los clarines de Alcoy: rumores lejanos.

Los dos.

Selim.

¡Ah!
¿Lo oyes, fementido?
Es su canto funeral!
Mi hija bajó á la tumba!
Que este padre no sucumba
sin vengarla!

Aguilar.

Selim.

(¡Hado fatal!)
Huyamos de aquí; y advierte
que si un grito das malvado...

Aguilar.

Selim.

¿Dónde vamos?
A apartado
sitio; (para darte muerte!)
Váanse.

ESCENA V.

HUGO, GARCÉS, AURORA, SAN JUAN, TORREGROSA, PUEBLO,
MUGERES y GUERREROS.

Hugo con los labradores sale por la derecha precipitadamente y se dirige á los del templo.

- Hugo. Al arma, valerosos alcoyanos!
nuestras murallas la morisma asalta;
esgriman los aceros vuestras manos,
y á la defensa que valor no falta!
Venid, seguidme, impávidos guerreros;
ceda del moro la embestida fuerte.
A la defensa, nobles ballesteros!
¡A morir, ó á vencer!
- Todos. ¡Victoria ó muerte!
Vánse.
- Garcés. Preparad, alcoyanos, vuestros arcos;
triunfe la cruz sobre la media luna!
¡A luchar! A la puerta de San Marcos!
vos defended San Juan la de la Luna!
Vánse.
- San Juan. A montar al momento en los corceles:
blandiendo con valor la fuerte lanza,
ganemos contra el moro mil laureles
al grito «de esterminio y de venganza.»
Vánse.
- Aurora. Nuestro amparo sé tú, Virgen María!
Torregrosa. Que cese ya hijas mías, vuestro llanto:
invoquemos al santo de este día,
de la hueste de En Jaime al patron santo.
- Aurora. San Jorge nos asista en la batalla!
Dios nos ampare en su bondad inmensa;
si es preciso á morir en la muralla
de la pátria y de Dios en la defensa.
- Torregrosa. ¡Armas faltan, valientes alcoyanos!
Uno del pueblo. ¡Mosen Ramon! tomad esta bisarma!
Torregrosa. ¡Que proteja San Jorge á los cristianos!
¡Firáman Sen Chórdi, ya! ¡Al arma!
- Todos. ¡Al arma!

FIN DEL CUADRO CUARTO.

THE

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

CUADRO QUINTO.

El teatro representa la antigua puerta interior de San Marcos de la villa de Alcoy. A derecha é izquierda casas formando dos esquinas ó calles en la puerta del foro: este lo cerrará una puerta almenada, con un torreón á cada lado: la puerta grande para poder salir un ginete montado: quedando un espacio de las almenas á las bambalinas, suficiente para la aparición de San Jorge, con su caballo.

ESCENA PRIMERA.

HUGO, MONTAÑESES, Y BALLESTEROS.

Hugo. «¡A las armas! Alcoyanos,
llegó ya la ansiada hora
de rendir ante ese muro
las falanges numerosas
conque Al-Azarch atrevido
hoy nuestro valor provoca;
no os intimiden los gritos
conque su furor denotan;
caigan sobre sus cabezas
las espadas cortadoras,
que la furia de los moros
solo con sangre se ahoga.
Mis valientes ballesteros,
herid á la hueste mora
lanzando sobre sus pechos
mas saetas voladoras,
que cargada nube de agua
descarga menudas gotas.
A luchar, pues, como á buenos,
que ya ha llegado la hora
de recoger contra el moro
el laurel de la victoria!

ESCENA II.

HUGO, GALCERÁN, que llega con los ALMOGÁVARES.

- Galcerán. Corramos de gloria en pos,
á vencer en la batalla!
- Hugo. A defender la muralla!
- Galcerán. Abrid la puerta, por Dios!
- Hugo. No hay órden!
- Galcerán. ¡Por San Clemente!
Ahí están los africanos,
y por venir á las manos
está mi hueste impaciente.
- Hugo. Poco tendreis que esperar:
tambien estamos nosotros
impacientes cual vosotros
para salir y luchar.
- Galcerán. ¡De mi Morayma la suerte,
me está pidiendo venganza!
Abrid, abrid sin tardanza
y sembraremos la muerte!
pues que si ellos se presentan
con fuerzas centuplicadas,
nuestras huestes esforzadas
jamás el número cuentan!
Que cargando con furor
como esforzados y buenos
triumfa de los agarenos
mas que su astucia el valor.»

Sinfonía. Canto religioso. Alborada: luego amanece. Diana: acaba de amanecer. Marcha. Soldados que cruzan la escena. Piano de orquesta.

ESCENA III.

LOS MISMOS, y TORREGROSA seguido del PUEBLO.

- Torregrosa. ¡A las armas, alcoyáños!
- Dentro. ¡Viva Mahomet!
- Todos. ¡Muera!
- Dentro. ¡Viva!
- Todos. ¡Muera!
- Torregrosa. ¡Que ceda, cristianos,
del infiel la furia altiva!

¡O triunfo ó muerte!
Hugo. ¡A luchar!
Galcerán. Ya nuestra victoria es cierta:
abrid, abridnos la puerta!
Torregrosa. La abriré de par en par!
¡A recoger los laureles
en el campo del honor!
Hugo. ¡A combatir con furor
contra las huestes infieles!
Galcerán. Carguemos al musulman
arrollando sus pendones:
á luchar como leones!
Torregrosa. ¡Sen Chórdi!
Todos. ¡Firám! Firám!

Se abre la puerta y al abrirla se verán á los moros, que acometerán á los cristianos; y estos á la vez á aquellos, los cuales retroceden simulando una batalla allá lejos. Batalla por la orquesta. Garcés, aparece rodeado de guerreros; montado en un caballo, y con la espada desnuda; llama á Ontoneda que aparece á poco montado, llevando el pendon de Alcoy, y rodeado de guerreros. Que venga á tiempo de un piano de orquesta.

ESCENA IV.

GARCÉS, ONTONEDA, y muchos GUERREROS.

Garcés. ¡A ellos! ¡A la pelea!
Aquí pronto mi mesnada,
ya la vencedora espada
en mi mano centellea:
á recoger los laureles
conque nos brinda la gloria:
á ganar pues la victoria,
de manos de los infieles!
Ontoneda. ¡Viva En Jaime de Aragon!
Todos. ¡Viva!
Ontoneda. Valientes soldados,
defendereis denodados
de nuestra pátria el pendon?
Todos. Sí.
Garcés. ¡A blandir la fuerte lanza!
Ontoneda. Partamos á combatir!
Garcés. ¡A vencer, pues, ó morir!
Ontoneda. A vengarnos!
Todos. ¡Sí, venganza!
Váñse por la puerta del foro.

ESCENA V.

SELIM,

aparece abatido y receloso. A tiempo del movimiento sensible de la orquesta.

Selim. ¡Nadie...! Tan solo se escucha
el cruzar de los aceros,
y los ayes lastimeros
del que sucumbe en la lucha.
Pagó Aguilar su delito:
pero ¡ay! que su sangre impura,
no calma, no, la amargura
de mi corazón, ¡maldito!
¡Satisface mi venganza
arrancándole la vida...!
mas ¡ay! Morayma querida!
¡ay, ángel de mi esperanza!
Sobre el labrado ajimez
del alcázar opulento,
ya no miraré contento
su blanca y rosada tez!
¡Morayma, no existe ya!
era... ¡recuerdos crueles!
pura cual los azazeles
que están mas cerca de Alá!
¡Pobres hijos del Profeta!
vuestra fuerza será mucha,
mas veo que en esta lucha
vuestra derrota es completa!
Rumores y vivas lejanos.

Se oyen victores, lejanos...!
presiento un vago terror...!
me ciega este resplandor!
¡Ah! el Hualí de los cristianos!

Selim cae en tierra, aparece San Jorge, sobre el muro lleno de resplandores: la orquesta llega al himno. Concluido este, desaparece San Jorge, y se levanta Selim.

Dentro.
Todos. ¡Viva En Jaime de Aragon!
Selim. ¡Viva!

Selim. Ya estoy convertido!
Haz, Señor, que arrepentido
abraze tu religion!
En vuestro templo sagrado
voy á invocar á María,
que calme la pena impía

de este padre desgraciado!

¡Bendita tu providencia;
tú eres el Dios verdadero!

Dentro. ¡Viva D. Jaime primero!

Todos. ¡Viva!

Selim. Evitemos su presencia!
Vase Selim.

ESCENA VI.

TORREGROSA y PUEBLO: y luego GARCÉS, SAN JUAN, ONTONEDA,
todos montados; HUGO, BALLESTEROS, GUERREROS, MONTAÑESES,
CLARINES y ATIMBALEROS.

Torregrosa. ¡Viva Don Jaime primero!

Todos. ¡Viva!

Torregrosa. Bravos alcoyanos!
luchasteis como cristianos
por nuestro Dios verdadero.
Las huestes de Mahomet
quedaron todas vencidas,
y huyeron despavoridas
al barranco del Noset.
Esta muralla contemplo
con suma veneracion;
aquí fué la aparicion:
le erigiremos un templo
á Jorge nuestro patron,
donde himnos placenteros
se canten de esta victoria:
que trasmirá la historia
á los siglos venideros!
Y pues nuestros ojos fijos
hoy en San Jorge tenemos,
su devocion legaremos
á todos los vuestros hijos!

Aparece Hugo, luego Garcés, San Juan, y Ontoneda que lleva el pen-
don, todos montados y rodeados de guerreros.

Hugo. ¡Vivan Ramon de Garcés,
y el esforzado San Juan!

Todos. ¡Vivan!

Garcés. ¡El aragonés,
triunfó sobre el musulman!
El lauro de esta victoria
hoy nuestros pechos inflama;

que la trompa de la fama
publique de Alcoy la gloria!
Sí, por Dios, bien te has portado:
has defendido tu honor,
y del gran conquistador
el renombre has ensalzado!
Esa falange de infieles
al Noset huye espantada,
y hoy tu frente coronada
verás de verdes laureles!
Tú Raimundo de San Juan
gran renombre has merecido,
porqué á Al-Azarch has rendido.

Tu frente coronarán
los lauros de la victoria:
tu proeza al mundo asombre,
y hagan eterno tu nombre
los anales de la historia!

San Juan. Las huestes de Mahomet,
juro volver á rendir:
dejadme al Noset, partir!
Partamos ya!

Hugo.

Todos.

Sí; al Noset!

Torregrosa.

Aliéntalos, tú, Garcés:
parte al Noset al momento,
que su heróico ardimiento
presagio de triunfo es!

Garcés.

Pueblo de Alcoy; heróicos guerreros;
una jornada nos cubrió de gloria:
partamos otra vez: vuestros aceros
logren sobre el infiel otra victoria!
Luchemos cual cristianos verdaderos!
timbre sea esta accion de nuestra historia
que escribirán con sangre enrojecidas
las cumbres por vosotros defendidas!
De ese barranco en medio las malezas
su falanje el infiel tiene acampada;
haga caer al suelo sus cabezas
el filo cortador de nuestra espada.
No quedé uno que cuente las proezas
de esta segunda y heróica jornada:
¡al Noset á vencer! guerreros de Aragon,
á clavar sobre el Puig, nuestro pendon!

FIN DEL CUADRO QUINTO.

CUADRO SESTO.

Salon como el del acto primero; excepto que el Oratorio estará iluminado.

ESCENA PRIMERA.

AURORA, sola.

Ya el eco de los clarines
se perdió, ya no se escucha:
¡que Dios proteja en la lucha
de Alcoy á los paladines!
Tan solo un vago rumor
llega en las alas del viento;
que crezca el noble ardimiento
de mi amante el trovador.
Que en esa lid empeñada
de cristianos contra infieles,
logre Hugo mas laureles
que mi padre y su mesnada:
que ante sus golpes certeros
quede el musulman vencido:
que sea el mas aguerrido
de todos los caballeros.
Que su espada en esta lid
sea cual de Dios el rayo:
quisiera fuera un Pelayo,
Íñigo Arista, ó el Cid.
Pero, calla corazon,
que es inconstante la suerte,
y puede muy bien la muerte
desvanecer tu ilusion!
Mas ¡Dios mio! ¿qué será

de mi Morayma querida?
¿La habrán quitado la vida,
ó cautiva llorará?
No lo sé; mas soy cristiana
y la debo rescatar!
¡cómo la pude olvidar
siendo la pobre mi hermana!
De mi parte que no quede;
iré al campamento moro,
yo debo ir: ¡oh! sí, el oro
todo en el mundo lo puede.
Hoy á salvarla me obligo;
hasta el campamento iré,
y allí la rescataré,
sí. ¡Hola, servidores! Iñigo!
Iñigo... nadie... su puesto
ha dejado abandonado
veamos por este lado.
¡Nadie!

ESCENA II.

AURORA y TORREGROSA, á poco IÑIGO.

- Torregrosa. Aurora dí ¿qué es esto,
que mi ferviente oracion
turbaste con tanto grito?
- Aurora. Vuestro apoyo necesito;
escuchad, Mosen Ramon.
Una pobre desgraciada,
Morayma, la hermana mia,
por las luchas de este dia
tenia casi olvidada.
Cayó en Barchell prisionera
buscando mi salvacion,
y hoy mismo sin dilacion
yo rescatarla quisiera!
- Torregrosa. ¡Por piedad, Aurora, calla!
¿Acaso te has olvidado,
que tu padre esta empeñado
en una ruda batalla?
¿Quién puedes imaginar
que vaya en este momento
al musulman campamento

de su rescate á tratar?
Si en esa lid porfiada
del barranco en las malezas,
rodarán muchas cabezas
bajo el filo de la espada;
y es tan voluble la suerte
que, Aurora, mal que te cuadre,
podía encontrar tu padre
en vez del triunfo la muerte!

Aurora. ¡Dios mio, que así no sea!
dále el triunfo en el combate.

Torregrosa. Tiempo habrá para el rescate
si triunfan en la pelea!
Sé que os amabais las dos.

Aurora. ¡Pobre hermana de mi alma!

Torregrosa. ¡Ten esperanza, ten calma,
y ruega por ella á Dios,
porque en su santa bondad
nunca á los buenos olvida:
ella estaba convertida
Dios tendrá de ella piedad!

Iñigo. ¡Mosen Ramon! Mi señora!

Aurora. ¿En dónde, Iñigo, estabas?

Torregrosa. Vamos, presumo que vienes...

Iñigo. Vengo de la fuente Mansa,
de presenciar el combate.

Aurora. ¿Han perdido?

Torregrosa: Tened calma.

Aurora. ¿Qué ha sido de mi buen padre
y de toda su mesnada?

Iñigo. Vuestro padre es un valiente,
que le ha dado á esa canalla
una lección tan terrible,
que los tendrá muy á raya!
¡Qué mandobles tan bien dados!
¡qué modo de cortar mallas!
¡cómo rodaban los cascos!
qué furor en la batalla!
Los almogávares fieros
saltaban entre las matas,
terribles como leones
cuando á la presa se lanzan.
Yo presenciaba el combate
oculto tras unas matas;

y á los víctores de «En Jaime»
que nuestros guerreros daban,
sentia que el pátrio fuego
enardecía mi alma.
Rabia tuve por ser niño,
que si yo peinase barbas...

Torregrosa. ¿Qué?...

Iñigo. Acabaría por siempre
de los moros la canalla.

Torregrosa. Así me place, hijo mio!
eres hidalgo, y tu raza
siempre ha sido de valientes.
Mas cuéntanos la batalla
con todos sus pormenores
que hasta aquí no has dicho nada:
ya ves que por los cristianos
pasamos todos gran ansia.

Iñigo. En la puerta de San Marcos
dada la primer batalla,
me hallaba yo confundido
entre los hombres de armas:
¡«al Noset!» dijeron todos,
y al punto batieron marcha
¡Al Noset! me dige yo,
y eché tras la retaguardia.
Llevados del primer triunfo,
los nuestros no recelaban...

Torregrosa. ¿Qué! algun refuerzo de moros?

Aurora. ¡Dios mio!
¡Alguna desgracia!

Torregrosa. Iñigo, di, qué pasó?

Iñigo. Los nuestros adelantaban:
y á la entrada del barranco,
los moros una celada
les tendieron...

Torregrosa. Y qué?

Iñigo. Que salieron...

Aurora. ¡Virgen Santa!

Iñigo. E hicieron sobre los nuestros
una terrible matanza,
La mesnada de Garcés
quedó tan desordenada,
que hubo un terrible instante
en que él solo peleaba

- contra mas de cien infieles!
Galcerán el almogávar
al punto vino en su ayuda;
y un adalid que mandaba...
- Aurora. ¿Si será mi trovador?
Iñigo. La gente de la montaña;
Cayeron sobre los moros;
pero con tanta pujanza,
que diezmados los alarbes
buscaban la retirada.
- Aurora. ¡Hugo ha salvado á mi padre!
Dios mío mil veces gracias!
Iñigo. ¡San Jorge por Aragon!
en los riscos retumbaba,
mientras San Juan y Ontoneda
hácia el Puig adelantaban.
Yo me vine cuando ví
que sus muros escalaban:
pocos quedan de los nuestros,
pero ha sido esta jornada
la que grabarán con oro
los anales de la pátria.
- Torregrosa. Iñigo, tu relacion
me parece exajerada:
caer tantos de los nuestros...
- Iñigo. Cayeron en la celada;
y sinó, mirad el rio
que desde la fuente Mansa
sigue su curso tranquilo
y cerca del muro pasa.
- Aurora. ¡Dios mío! cuánto desastre!
Torregrosa sube al arco murado, mira y retrocede con espanto.
- Torregrosa. ¡Enrojeridas sus aguas!
elevemos al Señor,
una sentida plegaria
porque nos dé la victoria
en la segunda batalla,
y á los que hayan perecido
de los mártires la palma.
- Iñigo. Yo desde la torre esa
voy á servir de atalaya;
y si triunfantes regresan,
de la iglesia las campanas
publicarán con su vuelo

que ha triunfado la pátria!

Torregrosa y Aurora, entran en el oratorio. Iñigo, sube á la torre.
Orquesta muy piano.

ESCENA III.

SELIM.

Nada: todo está tranquilo:
de esa ensangrentada lucha,
ni el eco de los clarines
en el espacio retumba.
Salon en que mi Morayma
en otra edad de ventura,
cantaba tiernas endechas
al dulce son de su guzla;
ya concluyó para siempre
el eco de su dulzura:
estancia en que ella dormia,
solitaria estás y muda;
el sueño de aquella hurí
guarda el silencio en la tumba!

ESCENA IV.

SELIM, IÑIGO, que bajará de la torre. Despues, TORREGROSA y AURORA.

Iñigo. Ya las armas alcoyanas
ganaron otra victoria;
que del templo las campanas
publiquen de Alcoy la gloria!

Selim. Sí aquí regresa Garcés,
con sus servidores fieles
coronado de laureles.
Su triunfo, seguro es.

Torregrosa. Hija, cese ya tu llanto
y otra victoria esperad;
en las luchas invocad
á San Jorge el patron santo:
si se ganó la batalla
no fué por nuestra energía,
es que el Santo defendia
las puertas y la muralla!

Selim, se arrodilla, se descubre.

Aurora. ¡Selim!

Torregrosa. Qué á mis piés quereis?

Selim. ¿Qué quiero? mi conversion!

Torregrosa. ¡De veras!

Selim. Mosen Ramon,
pido que me bauticeis.

Torregrosa. ¡Sea nuestro Dios loado!
Levanta, hijo querido,
y si estás arrepentido
entra en el templo sagrado.

Torregrosa y Selim, entran en el oratorio. En seguida se oyen las campanas y clarines.

Aurora. ¡Ah! Vencieron los cristianos!

¡Bien hayan los paladines!

ya se acercan los clarines.

Bien hayan, los alcoyanos!

Hugo al lado de mi padre

coronado de lureles,

con sus montañeses fieles:

á tí te lo ruego, madre!

ya que padre en este dia

vió de mi Hugo el valor,

que bendiga nuestro amor,

y tú tambien madre mia!

ESCENA V.

GARCÉS, AURORA, HUGO, SAN JUAN, ONTONEDA, GUERREROS,
MONTAÑESES, PUEBLO y MUGERES.

Aurora. ¡Padre mio!

Garcés. ¡Hija querida!

Aurora. Al fin, padre, habeis triunfado.

Garcés. Ha muerto mucho soldado
que fué la lid muy reñida!
De ese barranco á la entrada
guiados del ardimiento
les seguimos, y al momento
caimos en la celada.

Salieron de las malezas
cual huracan destructor,
y cayeron con horror
de los de Alcoy las cabezas:
y merced á este guerrero

y á sus montañeses fieles,
vencimos á los infieles!
Hugo. Garcés, os pido un favor.
Ya que las armas cristianas
llenas de noble energía,
triunfaron en este día
de las huestes musulmanas;
yo que arranqué por mi mano
entre tantas lides fieras,
medias lunas y banderas
de mano del africano,
las deposito á los pié
de vuestra querida Aurora,
porque mi pecho la adora.

Aurora.
Garcés.

Galan el guerrero es!
En la lucha porfiada
has demostrado energía,
veo tienes hidalguía,
levanta ya tu celada.
Hugo, levanta la celada.

Aurora.
Garcés.

¡Santo cielo!
El Trovador!

Hugo.

Hugo soy, y no os asombre:
yo careciendo de un nombre,
lo alcancé por mi valor,
¡Padre, no seáis tirano!
yo le adoro.

Aurora.

Garcés.

¡Hija querida!
del que te salvó la vida,
de ese debe ser tu mano.
¡Pedazos del corazon!
Tú que los miras del cielo,
los dos se aman con anhelo;
dáles hoy tu bendicion!

ESCENA VI.

LOS MISMOS, TORREGROSA y SELIM, que se arrodilla ante Garcés.

Selim.

Señor, os vengo á implorar...

Garcés.

Sé de Morayma la suerte!

Selim.

No es eso, es que dí muerte...

Garcés.

¿A quién? Dílo!

Selim.

A De Aguilar!

- Así, tu perdon imploro:
él á Morayma entregó.
- Garcés. Bien su delito pagó:
era un traidor sin decoro.
- Selim. De Morayma, el sentimiento,
me mata.
- Garcés. Calma tu afan;
que ya ordené á Galcerán
que fuera en su seguimiento!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, MORAYMA, GALCERÁN y ALMOGÁVARES.

- Galcerán. Que llega otra vez aquí,
con su querida Morayma!
- Morayma. ¡Padre!
- Selim. Adorada ¡hija!
- Morayma. ¡Aurora!
- Aurora. ¡Querida hermana!
- Garcés. ¿Y cómo la rescataste?
- Galcerán. Concluida la batalla,
algo más allá del Puig
á los muertos registraban
mis valientes, cuando oí
que una mujer me llamaba.
A la grupa de un corcel
en fuga precipitada,
era presa de un infiel:
al momento, como un águila
yo me lancé á la carrera;
perdí mi casco y mi lanza,
mas no por eso cejé;
el amor me daba alas.
Le alcancé, le derribé;
y cogiendo su garganta,
con estas nervudas manos
mandé al infierno su alma.
A vos, ahora, Selim,
la pido por desposada.
- Selim. Puesto que tú la salvaste,
que sea tuya Morayma.
- Galcerán. ¡Hijos míos, soy cristiano!
De verás?

Morayma.
Garcés.

¡Padre del alma!

¡Nobleza y soldados! mi pueblo y arqueros!
en nombre de En Jaime, las gracias os doy:
cumplisteis luchando cual buenos guerreros,
dejando con honra el nombre de Alcoy!
San Juan y Ontoneda, á Játiva id
y á En Jaime decidle, que súbditos fieles
luchando aguerridos cual hijos del Cid,
ganamos dos triunfos de manos de infieles!
Decid, que cadáver ante esas murallas
cayó su caudillo probando la suerte;
que de estos guerreros los pechos son mallas
que antes que rendirse, prefieren la muerte!
Y vos, sacerdote; el ataque fué rudo;
mas vimos palpable el poder celestial:
la cruz de San Jorge, poned al escudo
quedando por siempre gloriosa señal!
Ante el ara santa el triunfo cantemos:
celebrense fiestas al santo patron;
formados, con armas al templo marchemos
San Jorge llevando de trompas al son!
Y si en el barranco quedamos diezmados,
al moro vencimos ganando la gloria!
¡Allí están los triunfos con sangre grabados!
¡que escriba con oro sus hechos la historia!

HIMNO.

F I N .

Autumn

AKK



